



EL COLEGIO
DE SONORA



La sierra y el viento

Gerardo Cornejo Murrieta





EL COLEGIO
DE SONORA

La sierra y el viento

Gerardo Cornejo Murrieta



Catalogación en la fuente (CIP) DDB/COLSON

Cornejo, Gerardo, 1937-2014

La sierra y el viento / Gerardo Cornejo Murrieta ; presentación de Carlos Montemayor – Hermosillo, Sonora, México : El Colegio de Sonora, 2016.

77 páginas

ISBN: 978-607-8480-07-4

1. Literatura mexicana – Sonora – Siglo XX 2. Novela mexicana – Sonora – Siglo XX 3. Autores mexicanos – Sonora – Siglo XX. 4. Autores sonorenses – Siglo XX I. Montemayor, Carlos, 1947-2010, presentador

LCC: PQ7298.13.O75 .S54 2016

ISBN: 978-607-8576-02-9 (PDF)



El Colegio de Sonora
Doctora Gabriela Grijalva Monteverde
Rectora

Doctor Nicolás Pineda Pablos
Director de Publicaciones no Periódicas

Licenciada Inés Martínez de Castro N.
Jefa del Departamento de Difusión Cultural

ISBN: 978-607-8480-07-4

Novena edición, D.R. © 2016
El Colegio de Sonora
Obregón 54, Centro
Hermosillo, Sonora, México
C. P. 83000

<http://www.colson.edu.mx>
publicaciones@colson.edu.mx

El diseño de las portadas está basado en un fragmento de la obra “Estatua de la virgen de las montañas” de Caspar David Friedrich, 1804, dibujo y acuarela en papel crema, 24.4 × 38.2 cm. Instituto de Arte de Chicago.

Tomada de la página de internet: <https://euclides59.wordpress.com/tag/caspar-david-friedrich/>

Hecho en México / *Made in Mexico*



Gerardo Cornejo Murrieta
(Tarachi, Sonora, 1937-2014)

Fundador de El Colegio de Sonora y autor de novelas, ensayos, relatos y poemas, fue también maestro de estudios latinoamericanos por la UNAM. Entre sus obras se encuentran *La sierra y el viento* (Artes y libros, 1977); *El solar de los silencios* (UNAM, 1993); *Las dualidades fecundas* (Katun, 1996); *Juan Justino Judicial* (Selector, 1996); *Al norte del milenio* (Leega, 1998); *Como temiendo al olvido* (Contrapunto 14, 1998); *Oficio de alas* (CONACULTA, 2004); *Pastor de fieras* (ISSSTE-Cultura 2005); *Microbios de luz* (CONACULTA, 2005); *Balada de cuatro rumbos* (Mora Cantúa-IMCA, 2008); *Lucía del Báltico* (Plaza y Valdés, El Colegio de Sonora, 2012); *Itinerarios errantes italianos. Nostalgias de un italómano* (El Colegio de Sonora, 2016); *Ángel extraviado* (El Colegio de Sonora, 2016). Parte de su obra ha sido reunida por la UNAM en la serie *Voz Viva de México*, así como en la antología en dos volúmenes *Como temiendo el olvido. Obra reunida* (Instituto Sonorense de Cultura y El Colegio de Sonora, 2009), y en la colección en disco compacto *Un pedazo de sierra que camina* (Producciones Licón, A. C., 2009).

Escritor sonorenses cuyo legado, junto con el de los intelectuales y amigos chihuahuenses Víctor Hugo Rascón Banda y Carlos Montemayor, ha engrandecido la literatura del norte mexicano.

Índice

Presentación.....	7
Dedicatoria.....	10
<i>Primera parte</i>	
Una lucha entre dos tiempos.....	12
Largo camino.....	16
“Fue en los tiempos en que valía más la vida de un hombre...”.....	20
Toribio.....	22
Maximino Salayandía.....	24
Las penas al río.....	26
Los gritos de la sierra.....	33
Punta de fierro.....	35
<i>Segunda parte</i>	
La llanura.....	40
Cajeme.....	42
Un páramo desértico.....	45
La lucha por la tierra.....	47
Una decisión hecha.....	49
El descubrimiento del mar.....	56

La buena nueva.....	57
Evolución	60
El indio Vidal	62
Una mancha seca en medio de un extenso verdor.....	64
El desentierro de la Sierra Oscura.....	67
 <i>Tercera parte</i>	
Caminos que llevan lejos.....	72
Rumbos definitivos.....	74

Presentación

Carlos Montemayor
Chihuahua, abril de 1998

*L*a sierra y el viento de Gerardo Cornejo es un libro clásico en nuestro norte. Es un largo recorrido por la sierra para despedirse de ella. O mejor, un largo y minucioso recorrido hasta sus imborrables fronteras, hasta sus perennes confines. La sierra con sus hombres, pueblos, minerales, arroyos, cañones, ríos, bosques, silencio, transparencia. También la sierra que habla dulcemente con viejas palabras castizas a través de hombres que son inagotables manantiales de historias. La sierra descende hacia los valles, hacia el desierto; la sierra es como un árbol de la vida que sustenta con sus raíces y su tronco la tierra toda. Desde la sierra es posible distinguir el mundo, es posible asombrarse, comprender, dialogar con el mundo.

En 1984, en una entrevista con Vicente Francisco Torres, Gerardo Cornejo refirió que era nativo de

...un pueblito de la sierra madre sonorenses que se llama Tarachi. Visto desde lejos, en la noche, este caserío no es sino un puñadito de estrellas regadas entre las piedras, pero también es el imán nostálgico que me llama hacia el punto de partida donde se asienta mi identidad originaria...

Desde la altura en que nació *La sierra y el viento* de Gerardo Cornejo hay dos caminos posibles para adentrarse en la vida: el que descende hacia el poniente y atraviesa los valles, llanuras y médanos que conducen al mar, y el del oriente, que descende por los valles, llanuras y médanos que custodian la inmensidad de lo que hace millones de años también fue océano. Vista por el camino del poniente, esa parte del universo se llama Sonora. Vista por el camino del oriente, esa parte del universo se llama Chihuahua. La sierra se enseorea de ambos caminos. Cornejo proviene del camino del poniente. Yo provengo del camino del oriente. Venimos de esa misma tierra. Crecimos en medio de esa inmensa e intensa vida.

Le explicó a Vicente Francisco Torres:

El poder de la geografía en mi estado natal ejerce una influencia determinante. Si tú naciste en una de las grandes llanuras oceánicas de Sonora, la llevas dentro por toda tu vida. Es muy fuerte la presencia del paisaje. Si naciste en la cordillera, como yo, la llevas dentro adonde quiera que vayas. La nostalgia no se te borra jamás, por eso tengo que estar regresando.

En la vastedad de la sierra el hombre y la palabra crecen tanto como la vida entera. Cada experiencia, cada saludo, cada mirada, cada recorrido, cada jornada, cada ser, es como la culminación de una proeza, o mejor, su comprobación. Árboles y bestias, ríos y silencio, viento y cielo, frío y nieve, amanecer y crepúsculo, soledad y fiesta, son acontecimientos memorables, dignos de los grandes relatores campiranos que conservan todo lo escuchado y vivido. La palabra se convierte en una de las cosas del mundo. Es exacta, pura. Aprender a escuchar es aprender a conversar y a entender la vida. Es también aprender a atravesar los sueños que conservan las formas del mundo y que se llaman minas, estaciones de ferrocarril, tesoros enterrados, ríos, cuevas, pueblos que se abandonan con las minas inactivas y pueblos que cada generación funda con la semilla, el agua, el trabajo.

De las muchas historias de *La sierra y el viento*, una de ellas puede ser su símbolo: “El desentierro de la Sierra Oscura”. El relato fusiona tradiciones españolas e indígenas. Tiene la fantasía de *El Conde Lucanor* entreverada con las consejas de los pueblos indios norteños, donde el coyote es el creador del mundo y por ello conoce los misterios. En el norte llamamos “entierros” a los tesoros escondidos en los cimientos de una casa o en un corral, en los muros o columnas de una mansión o en las paredes de una cueva. Los entierros son monedas de oro que pertenecieron a indios, a viejos mineros, a generales; la riqueza familiar que se intentó poner a salvo de la rapiña o el botín de guerra o los haberes de un ejército que se vio precisado a huir. Alrededor de los entierros hay señales poderosas: aparecidos y sueños.

En el relato de Cornejo, un viejo pariente padeció durante muchos años un mismo sueño: recorría el mezquital del llano hasta los cerros de la Batacosa, donde todo crece porque los mezquites se transforman en altos pinos y los cerros en montañas. De ahí se dirigía a una zona de peñascos con huecos y derrumbes. Después de atravesar varias cañadas llegaba a una cueva. En su interior surgía un resplandor y una silueta se materializaba en la forma de un hombre con ojos enormes, pálido, más calvo que el tío Tomás y más alto que el tío Juan José. El soñador despertaba muchas veces antes de que el aparecido le hablara. Cuando al fin era capaz de oírlo, el sueño se le desvanecía muchas veces antes de que pudiera obedecerlo. Al momento que lograba seguirlo hasta el final de la cueva, una emoción irresistible lo forzaba a salir del sueño cuando la figura estaba a punto de señalar un lugar preciso.

Un día encontró esa tierra. Vagó durante nueve sofocantes días de un mes de julio cerca de los cerros de la Batacosa y los aullidos de un coyote lo condujeron de pronto a los cerros que conocía, a los peñascos que había visto ya durante largos y agobiantes sueños, a la cueva misma donde tantas veces había penetrado. Se encontró con la silueta recortada en el fondo, en la pared de un recodo de la cueva; el hombre del sueño fue materializándose con los enormes ojos y la cabeza calva. Lo siguió hasta una ampliación de la cueva y lo vio por fin señalar el sitio preciso que nunca logró ver en los sueños. Pero se desconcertó al distinguir un hoyo recién excavado en el fondo:

Pensó en la pala, en sus manos, en el boquete ya hecho y sólo pudo escuchar aquella voz sin boca que le hacía entender: “Me dejé soñar por otro que vino luego; tuve que decirle dónde, y lo sacó. Sonaban las monedas reales cuando las llevaba, pero la prisa y el miedo le hicieron desparramar algunas, no muchas, pero por esa razón no he podido partir. Te llamé por años y no acudiste mientras seguía prisionero en esta custodia. Por eso busqué el sueño de otro y me costó mucho tiempo encontrarlo. Él vino y se fue, pero dejó esas monedas, ¡llévatelas, para poderme desatar! ¡Llévatelas y no me volverás a soñar jamás... !”

Unos vaqueros se toparon con la mochila de cobijas del soñador, luego con una pala y el pellejo de una liebre que había cazado apenas dos días atrás. Al ver a solas el caballo ensillado se angustiaron.

Rastrearón sus huellas hasta la cueva; temerosos, entraron en ella. Al acostumbrar los ojos a la penumbra, distinguieron al viejo soñador profundamente dormido. Lo despertaron y él se sorprendió:


...al mirarse nueve extrañas monedas en la mano les dijo: –Ahora sí, voy a contarles un sueño...

Esto es *La sierra y el viento*: el cuento de nuestros tenaces sueños, la historia de nuestra imborrable sierra, el relato de la vida que en la inmensidad de la sierra se engrandece.

Este libro lo escribí para mi padre

Primera parte

Una lucha entre dos tiempos

 Siempre sí se van, José Juvencio?

–Pues sí, Anselmo, vamos a bajar a los valles, por ahí por el rumbo de Cajeme.

No dijo más, con su decisión a cuestas, se echó camino al pueblo, para repartir sus últimos adioses y al llegar a la cima, volteó hacia abajo para barrer el mineral con una mirada instintiva que sin sentir se le fue convirtiendo en una cascada de remembranzas...

Había llegado a la hondonada aquella con su familia todavía pequeña y sus ilusiones ya grandes. Varias vetas habían sido descubiertas y nuevas bocas negras se abrían en las faldas del Chomonqui. Los mineros animosos subían la cuesta pasando frente a la enorme oquedad de La Carrileña, ya abandonada y semirellenada con los jales que rodaban cuesta abajo como una cascada suspendida.

Había dejado sus ganados y los apacibles pinares del vallecito alto de Tarachi que, trepando por verdes ascendentes, subía hasta tocar los vientos fríos; los pilares de roca que a fuerza de milenios habían abierto una profunda herida en su vientre para formar un cañón que vierte agua de sus paredes todo el año; perenne oasis de frescura donde tantas generaciones de mujeres habían lavado sus pláticas y sus ropas sobre piedras lajas; estanque de diversión para la niñez de todos los nacidos en aquel recodo de la Sierra Madre; poblado de adobe confundido con el barro rojo de las pequeñas mesetas que daban pie al cerro del Peñasco Blanco; apacible morada de calles zigzagueantes que terminan antes de hacerse largas; mezcla de cantera y adobe con soporte voluntarioso de vigas boleadas; corrales de traspatio y mugir de ganado en las noches silenciosas; pasos furtivos cobijados por sombras de casas hechas sin prisa; lenguaje de insectos y batir de alas; cielo excesivo en estrellas.

Aquél era su origen. Conocía cada piedra del arroyo y cada mata de su orilla. Había pastoreado sus vacas en todos los potreros y cabalgado todos los caminos. Y amaba los olores de la sierra, el mugir del ganado en época de ordeña, los elotes tiernos del verano, las frutas dulces del otoño.

Y había dejado todo aquello para venir en busca de oros escondidos. Para hurgar con los gambusinos en el arroyo relavando los restos de “la grande” con un paciente mecer circular de arenillas vidriosas a orillas del hilo de agua cobriza que todavía vomitaba la mina vieja.

Habitados a los espacios ilimitados de sus cumbres, al aire cristalino y a la libertad de todos sus sentidos, sufrían en silencio al tener que meterse en aquellos huecos húmedos y oscuros. Parecían aves resignadas, cerrando sus propias jaulas por dentro y perdiendo voluntariamente su horizonte.

Luego vinieron los mineros fogueados que conocían el oficio y que tenían la mente habituada a sentirse mitad hombres y mitad topes. Tenían las manos agrietadas y duras y algunos habían perdido los dedos en alguna explosión prematura de pólvora. Otros tenían machucones cicatrizados en los antebrazos y los nudillos hechos flor por el marro y la barreta. Su sonrisa denunciaba hileras de dientes amarillos de nicotina y descuido cuando una alegría leve les visitaba el humor y su tez ceniza evidenciaba una tuberculosis desarrollada a fuerza de meterse en aquellos huecos malsanos antes de que

saliera el sol y de no salir hasta que se había puesto. Uno de ellos vivía entre los murciélagos del tiro abandonado de una vieja mina y una vez me dijo que prefería el frío húmedo de adentro al exceso de luz de afuera. Mi candidez de siete años concluyó entonces que él era ya un enterrado y que sólo visitaba la superficie con humor de fantasma. En el mineral no había cementerio porque nadie se había muerto todavía, por eso me figuraba que cuando los “cascados” se fueran muriendo los irían echando en el enorme hoyo abandonado de La Carrileña, por eso pasaba siempre por ahí con un miedo anticipado a las futuras almas que muy pronto penarían en aquel despeñadero oscuro.

Aquella vida era demasiado dura para los vaqueros de Tarachi y para los demás arribeños que nunca pudieron adaptarse. Para su suerte, y a fuerza de sacarle tanto, la tierra fue empezando a escatimar sus tesoros y los negaría definitivamente antes de que ellos llegaran a convertirse en mineros de por vida.

Todavía durante años la mano temblorosa que sostenía las barretas y manejaba los marros insistió en quebrar el metal arrancado por las explosiones de pólvora que desgarraban los cerros. Pero las vetas estaban agotadas y sólo yacimientos incosteables mantenían viva la esperanza de unos cuantos.

Y un mal día llegó el gringo. Su acento perentorio contrastaba con el suave hablar de los mineros sierreños y sus inmensos pies, metidos en tiesas botas de ojillos metálicos, resonaron en la cañada como un augurio de muerte.

–Dizque va a cerrar “la grande”.

–No la friegues.

–Sí, te digo que Juan Trevizo lo oyó diciéndole a Tomás Henríquez que buscara a quién vender la fierrada porque para sacarla de aquí, a puro lomo de bestia, está jodido, pues. Ah, y que si no, pues que se llevaría aunque fuera los motores, y que, pues... que escarbaran con sus uñas porque él se llevaría todo para la Quinta Madre que tiene buenas vetas y que está a cientos de kilómetros más allá de la chingada.

Ese día el ánimo de todos se precipitó cuesta abajo. Muchos comenzaron a organizar su regreso a sus pueblos para empezar de nuevo a arañar, con sus yuntas, los magüechis desperdigados entre los riscos o acurrucados a las orillas de los arroyos. Pero los gambusinos seguían tercos en su paciente tarea, convencidos de que los jales todavía tenían para rato, y continuaban sacando sus chispitas, guardándolas con amoroso cuidado en sus paliacates rojos y, cuando pensaban que “ya pesaban un viaje”, emprendían la subida por el sendero montañoso y se perdían a lo lejos para regresar, días más tarde, con provisiones, algunas herramientas nuevas y unos cuantos frascos llenos de azogue para separar las chispitas de los demás molidos.

Él había hecho lo mismo. Se deshizo de sus animalitos y se lanzó sobre aquello con sus hombros y brazos como único equipo. Y construyó su cabaña con gruesos troncos, lomos y techo de tabletas; y se metió a las minas a sudar el sudor verdoso de la falta de sol; y hurgó en el arroyo; y reunió su bolsa de chispitas y se marchó a venderlas.

Volvió con varias mulas cargadas con costales de cuero repletos de provisiones. Al mirarlo desde mi estatura niña, me parecía vibrante, cegado de entusiasmo cuando armó su tanichi y comenzó a vender abarrotes. Los mineros se alegraron porque ya no tendrían que hacer aquel viaje fatigoso a Sahuaripa para comprar sus víveres, y vinieron a conversar, a sentarse en el tosco tronco de la entrada y a contar historias de lobos y hablar y conocerse. Algunos me parecían seres irreales escondidos tras aquellos rostros cenizos y manifestados como vivos sólo por su tos ruidosa de silicosos crónicos. Pero estaban contentos de reunirse todas las noches a platicar sobre vetas imaginarias y a evocar bonanzas olvidadas.

Pero aquello había llegado a su fin con la muerte del mineral. Los cascados se irían pronto a morir en otras minas y los demás regresarían a sus parajes de vacas y de potros.

–En Tarachi no hay más que hasta segundo año y ya ves cómo van creciendo. Y a lo mejor este año ni va a haber maestra –dijo mi madre.

–Y comenzar de nuevo lidiando ganado y acarreando madera –contestó él.

–¿Hablaste con papá, Miguel?

–Sí, ya le hemos dado muchas vueltas y creo que no hay otra más que bajarnos a los valles. Dicen que van a repartir tierras en el Yaquí cuando se termine la presa del Oviáchic.

Yo los escuchaba amparado por la oscuridad. Desde entonces era víctima ya de la manía de querer alargar los días, por eso era silencioso espía de sus preocupadas conversaciones nocturnas y al oírlos no podía evitar el escape de mi tierna imaginación hacia los lugares desconocidos que mencionaban. Eran lejanos, extraños y estaban llenos de cosas maravillosas. Contaban del tren que era “como estar sentado en su casa nomás que caminando”, y luego los automóviles que “corrían más ligeros que el mejor caballo parejero de las fiestas del 15 de mayo”. La impaciencia y la incertidumbre de no saber la decisión me hicieron contar a Trini lo que oía por las noches. Él, con su precoz conciencia de hermano mayor, asumió la responsabilidad de preguntárselo a mi padre en cuanto hubiera oportunidad. Encontrábamos la idea demasiado remota y temeraria. ¿Qué nos esperaba allá? ¿Y nuestros abuelos, tíos y primos? ¿Los dejaríamos para siempre hacia atrás de la vida? No, no era posible. Pero la fascinación de un mundo desconocido nos inundaba la razón. ¿Cómo era todo fuera de aquellas hondonadas y cumbres? ¿Veríamos las grandes extensiones llanas, el tren, las máquinas, la ciudad y todo lo que nuestra imaginación había remendado con los relatos oídos a los mayores durante noches de fogata?

Cuando mi padre volvió de Tarachi con un atajo de mulas equipadas para el viaje, se hizo todo, de pronto, realidad.

–Entonces es cierto –me dijo Trini–, y no puede tardar mucho porque ya trajo hasta las mulas –volvió a decir como para sí mismo poseído por una extraña mezcla de excitación, temor y melancolía anticipada.

Y la vida, desde ese momento, se convirtió en un estado de espera. Pero de una espera sin alegría, de una especie nueva de ansiedad, como si estuviésemos navegando un río cuya corriente nos llevara forzosamente hacia el lejano ruido, ya perceptible, de su desembocadura, por la que tendríamos que pasar antes de internarnos en un mar remoto y sin fronteras. Se iba abriendo paso el futuro irrumpiendo, implacable, en nuestro presente y eso nos causaba un sentimiento de ruptura; de fin y principio; de lucha entre dos tiempos. Aquel hermoso presente de niñez y montaña iba a perder la batalla y de él sólo sobreviviría el olvido.

Nuestras tiernas mentes entonadas al ritmo de lo natural, ahora tendrían que aceptar un vuelco definitivo. Nuestros ojos acostumbrados a reflejar las siluetas de la sierra, serían ahora espejo de desconocidas lejanías.

Mucho después, los dos tiempos volverían a encontrarse en el llano y el olvido sería vencido por una avalancha de recuerdos que se repetiría, a intervalos, para siempre, hasta que ambos formaran en el desierto un remolino con el viento de nuestras vidas.

El arraigo de los adultos era más profundo y por eso sufrían más que nosotros aquel desprendimiento. Sabían que aquello era para siempre y que aquel siempre no tendría retorno. Por eso andaban preparándolo todo sin hablar. Se les veían asomar las preguntas por los ojos junto con el deseo reprimido de que todo aquello fuera sólo un juego pasajero y de que pronto lo disipara la realidad.

Pero no había ilusión que disipar y la realidad estaba allí con su irrefutable contundencia. Las minas estaban agotadas, los jales habían sido relavados y molidos, y los estallidos de pólvora de los buscadores sólo abrían huecos estériles en la piedra colorada de los cerros que negaban para siempre el oro de sus entrañas.

Y a fin de cuentas, ¿adónde había ido a parar todo aquel oro que, por toneladas, se había sacado a base de muerte durante tantos años? Nadie pudo por entonces explicarme, porque no lo sabían, que ellos habían sido sólo herramientas humanas; que el oro ni lo habían conocido. Después de la molienda del metal se hacían los procesos de separación y aislamiento. Luego otros lo empacaban en cajas de madera flejada y se lo llevaban sin que nadie supiera cuándo. Después se sabía que, muchos días más tarde, las cajas dejaban el lomo de las mulas para embarcarse en tren “hacia donde siempre”, me contestaron, y jamás pude olvidar las caras agrietadas de los que extraían el metal y que, como Anselmo (y miles de Anselmos), se fueron muriendo de silicosis y desnutrición después de que un río de oro ajeno desgastó sus manos y sus vidas.

Largo camino

Llegaron los mineros a cargar las mulas aquella última mañana cuando el alba todavía dormitaba. Habían pasado la mitad de la noche sentados alrededor de una fogata platicando sobre el viaje con mi padre y bebiendo sotol de Chihuahua. Los olorosos canelazos con piquete habían circulado sin descanso para defenderlos del aliento helado de aquella noche de diciembre. Las tías, primas y abuelas venidas de Tarachi con mi padre, habían entrado y salido de la casa mil veces llevándoles tamales, carne asada y tortillas de harina. Habíamos pedido a mi padre pasar por el pueblo cuando saliéramos pero estaba en rumbo contrario y partiríamos del Mineral directamente hacia el occidente. La noche entera sostuvo un calor artificial que contrastaba con el viento frío que se encajonaba por la cañada. Se habló siempre de lo mismo: del viaje, de lo que sería la travesía, y se hablaría de eso durante mucho tiempo después de que nos hubiéramos ido. No era todos los días que un hombre de la sierra se lanzara a un mundo incierto y lejano con todo lo que tenía. Se respiraba una mezcla de admiración y de advertencia por la osadía de mi padre y todos querían contribuir con su ración de consejos y prevenciones. El sueño ya me había vencido cuando el tío Juan Antonio llegó del rancho de La Ribereña para ayudar a mi padre en los últimos arreglos y para acompañarnos en la etapa más larga del viaje.

Al alba, partimos con un grupo de jinetes detrás que nos encaminarían hasta el Puertecito del Aire. No me emocionó tanto el despedirnos de la gente, porque sabíamos que tarde o temprano nos seguirían, pero el lugar se quedaba, por eso no podíamos dejar de mirar hacia atrás cuando empezamos a cabalgar sendero arriba. Una pesadumbre definitiva nos invadió cuando paramos en lo alto para mirar por última vez la hondonada. Sentí compartirla con mis padres cuando noté su mirada. Todos recorrimos con los ojos la cañada, las grandes pendientes del Chomonqui, la eterna alfombra verde de encinares que se derramaba sobre las montañas que nos rodeaban. Desde ahí no se veían los terreros de las minas, ni sus oscuras oquedades. Todo era original, todo naturaleza intacta. No la volveríamos a ver, aquella era la confluencia de lo que moría y de lo que comenzaba. Aquel instante se me quedó intacto en la memoria. Era mi primer adiós definitivo. Mi padre volteó su caballo y suavemente jaló la rienda del zaino de mi madre. Ella volvió a mirar hacia abajo y se bebió con los ojos el paisaje y con la mente el momento.

Y se inició la partida. Nadie habló por largo tiempo, el sol comenzaba a dorar toda la sierra y alargaba nuestras sombras contra los robles del camino. Ellos adelante, silenciosos, luego Trini y yo atados a nuestras cabalgaduras mansas, y más atrás, los hermanos pequeños José y María, como respondiendo a su calidad de gemelos, iban acomodados en sendos guacales, cada uno a un lado de la paciente mula retinta. El tío Juan Antonio y Ángel nos seguían con las mulas que cargaban nuestras pertenencias.

Y ahí adelante, con su decisión hecha y su voluntad de piedra, iba mi padre, callado, abriéndose paso por entre la vida. Por eso me parecía un dios mirando de frente al mundo, y es que era un hombre tomando posesión de su destino.

Las nubes se tomaban de la mano para hacer rueda alrededor del majestuoso pico del San Ignacio, llamado el calendario de la sierra porque los campesinos se guiaban por él para saber si habría lluvia o nieve según el tipo de nubes que cubrieran sus cumbres. De sus vertientes bajaban derramados los pinares y se esparcían por la cordillera. Yo llevaba todos los sentidos regados por la sierra y percibía cada ave, cada insecto, cada ciervo que reaccionaba ante la presencia humana en el camino.

Después de bajar y bajar, la senda comenzó a ensancharse. Los caballos trotaron gozosos al sentir arena suave bajo sus pezuñas y al oler el agua cercana. El ruido suave del río nos alegró los sentidos y un arrullo sedante nos invitó a acampar y refrescarnos. Y bordeamos la ribera por entre chicuras frescas y batamotes altos hasta encontrar un vado. Luego los cascos de los caballos chasquearon en el agua y en las piedras del fondo del río.

Ya al otro lado, y bajo la protección de un enorme aliso, hicimos nuestra primera pausa. Las bestias se lanzaron a beber con los frenos puestos y no fue posible liberarlas sin la ayuda de mi padre. Me parecía un ser providencial que podía con todo y una vez le aposté a mi hermano que era capaz de derribar un pino, lazándolo y jalando con las fuerzas juntas de él y su caballo, si se lo proponía. No llegué a perder la apuesta porque ninguno se atrevió a preguntárselo, pero lo cierto es que su fortaleza espiritual de aserrador de madera del San Ignacio, nos daba un profundo sentido de protección. Mi madre debe haber sentido lo mismo y se deslizaba como en el aire atendiéndonos a todos, siempre discreta, siempre leve, con la gran capacidad de dar que le duraría toda la vida.

Nosotros nos pusimos a correr por la arena de la orilla salpicada de piedras redondas y finas y a tirar lajas en la superficie contando las veces que rebotaban en el agua transparente. Todo olía a hierbas silvestres y a humor de animales.

Fue la primera vez que, sin saberlo, empecé a guardar los recuerdos en el saco del olfato.

Y se vino la noche. Con la complicidad de los murmullos, fue ganando terreno el silencio. Las sombras de los cerros se recortaban contra un cielo todo poblado de mundos. Los ruidos lejanos de animales nocturnos alertaban el sueño liviano del miedo y, puesto boca arriba, mi padre fumaba tranquilo, con la noche encima y la mirada en las estrellas. Pude percibir la cascada mental que llevaba hacia atrás su memoria: pesaban sobre sus hombros los afanes del arriero y en sus dedos los cansancios del ordeñador de madrugada; tenía los callos de la reata de cuero domadora de potros salvajes y destrozadora de manos. Se le habían ido varios años en el serrucho derribando pinos y cargando vigas en mulas despeadas o despeñadas por los voladeros. Sus espaldas hablaban de las descargadas al anochecer como preludio de la vuelta a cargar en la madrugada; de la sabaneada en la noche y la aparejada del amanecer; de la mula perdida de siempre y de la sequedad en la garganta y en el alma; de las tortillas de harina a la luz de la fogata y de la carne seca, polvosa, que le pareció comer por siglos. ¡Cómo costaba aquella madera! ¿Cuánto sería su batallar, que sólo las mulas y los locos podían con el corte, la bajada y el acarreo? Y luego, la angustia en la milpa, mirando suplicante nubes que siempre iban de paso como charcos flotantes mientras la tierra se agrietaba de sed; mirándolas con ansia esperanzada y venteándolas: ¿lloverá? ¿no lloverá? ¿no llovía! y la siembra que ya no se levantaría de su verdiseco mortal (más amarillo que verde) mientras los vientos preñados de lluvias emigrantes se las llevaban a otras partes dejándoles sólo la humedad de sus ojos. Y el rodeo del ganado para herrar en los días de invierno; cuántas pendientes arriesgando la vida detrás de un toro rebelde y los caballos despeñados y las vacas comidas por los lobos; cuántas temporadas invernales de hielos quebradizos. Pero había un 15 de mayo cuando todos irían tipiados con sus mejores botas y monturas a enfrentar los toros bravos en el ruedo de piedra de Tarachi; cuando montarían los potros cerreros sintiendo venganza en el tintinear de sus espuelas. Al son de la banda del Trigo Corodepe se prenderían como tábanos sobre los lomos de los toros y los echarían contra la multitud de toreros de a pie y de a caballo

que darían pases a la fiera reluciendo sus más vistosas gualdrapas y patearían el suelo de gusto o morderían el polvo inundados de mezcal bacanora, en un tropel de fiesta colectiva que duraría tres noches y tres días ...

Se levantó muy temprano y anduvo como sombra tenue arreglándolo todo. Nos despertó cuando ya era de día y había que lanzarse de nuevo por aquel sendero que más parecía un hilo enredado en la sierra. Todo le era natural; las montañas y el trabajo; el río y su responsabilidad, los bosques y su familia. Y ahí iba sin temor, con la esperanza lenta de la que no se va y serenidad estable de la que dura. Había dejado todo atrás sin saber lo que habría hacia adelante y lo enfrentaba sin ansiedad y solo; sin el apoyo de predecesores que le indicaran el camino.

Empezamos a subir de nuevo hacia una cordillera que se antojaba interminable. Cada vez que nos enfrentábamos a una nueva cadena de montañas, me parecía que al otro lado debía estar ya nuestro destino. No podía estar tan lejos, el mundo no podía ser tan grande. Una sensación de inmensidad me invadía cuando, después de días de camino, alcanzábamos la cumbre sólo para divisar otra muralla azul enfrente, también sin fin. ¿Era por eso que aquella enormidad se llamaba Sierra Madre?

Un corredor largo con un río en el fondo precedía a cada cordillera. Aquellas corrientes lentas se abrían paso entre acantilados con el martillo de la erosión. Ésos eran nuestros descansos, ahí haríamos todas nuestras paradas.

Aquellos estrechos vallecitos alargados estaban salpicados de aldeas remotas compuestas por unas cuantas casas de adobe rojizo y de techos de tabletas de pino o de paja mezclada con lodo. Desde las laderas por donde bajábamos, percibíamos siempre el alboroto que se formaba cuando se distinguía, a lo lejos, una caravana de gente a caballo. Se divisaban niños correr de casa en casa y despertar el somnoliento ambiente con los ladridos de los perros. Las mujeres se parapetaban en las rendijas con ojos expectantes y los hombres se aprestaban a adivinar la procedencia de los viajeros. Cuando por fin entrábamos a la aldea, el ajetreo era total y hasta los ancianos acudían sobre sus bordones vacilantes a curiosear en torno a los extraños caminantes. Luego llegábamos a la primera puerta que encontrábamos abierta y hacíamos la primera pregunta. Nos brindaban café caliente y nos invitaban a pasar la noche ciertos de que a mucha distancia no habría ningún otro refugio. ¿Cuántos éramos y cuánta hambre traíamos? no importaba, aquella gente no reparaba jamás en esos detalles. Hasta pasto seco de sus corrales aprestaban inmediatamente para nuestras cansadas bestias. Luego, la plática nocturna con medio centenar de curiosos rodeando al grupo y la partida antes del amanecer dejándoles un tema para platicar durante mucho tiempo. Así nos recibieron el Cajón de Onapa, Huaycora y otras aldeas.

Pero nos gustaron más las paradas en los ranchos que siempre están en algún recodo de la sierra y a la orilla de un corral que huele a estiércol y quelite. Babatoche era así. Tenía un arroyo claro sombreado por enormes alisos y la cabaña estaba impregnada de olores a queso fresco y mantequilla goteante. Ahí vivía, desde hacía cuarenta y dos años, un antiguo taracheño conocido de mi padre que apreciaba jubiloso a los visitantes de su lejano pueblo.

Un mugir de vacas nos rodeó toda la noche, mientras que la fogata chispeaba con la grasa que caía de la parrilla que doraba costillas de becerro. Y la plática se estiró hasta la madrugada, cuando don Alfonso Rascón Ocaña dio las últimas instrucciones sobre cómo proseguir el camino. Al día siguiente nos acompañó hasta que empezó la tarde y no se regresó hasta estar seguro de que no equivocáramos la senda.

¡Y qué camino era aquél! La Madre Sierra de Occidente es la derrota del desierto. El mar le queda distante y entre ambos una llanura hostil se extiende soberana. Es la continuación del desierto más absoluto del continente americano que pereció quemado en las arenas del Altar. La muralla de la sierra atajó la llanura, pero ésta reaccionó derramando mezquites, cactus y vinoramas sobre el lado

seco de la cordillera; esa vegetación baja y tupida que más parece una maraña de alambres espinudos. Aquí empezaba la última gran bajada y los encinares y los pinos quedarían atrás para siempre. Buscando el agua, la cordillera se abre aquí en cañones rocosos para perder la similitud con su hermana oriental, que a dos mil quinientos kilómetros de distancia, se derrama suave y verde sobre el trópico del Golfo de México.

Nos dio camino abajo aquel vaquero amable que más parecía una porción de paisaje. Estrechamos su mano callosa y su cuerpo seco y ágil trepó a su cabalgadura con la facilidad de alguien que ha montado por siglos. Era como un compendio de todos los vaqueros de la sierra y su rancho fue como un mullido paréntesis, a la mitad del camino.

La vereda se desplomó cerro abajo y los cascos de los caballos chispearon sobre la piedra quebrada de un sendero abierto a golpes de voluntad por los arrieros que habían bajado durante largo tiempo a Tónichi. La vegetación espinosa cedía el paso en el suelo, pero las ramas de uno y otro lado se entrelazaban arriba formando una maraña de espinas a la altura de nuestras caras. A veces teníamos que untarnos sobre el lomo de los caballos, para evitar aquellas garras vegetales crispadas frente a los ojos.

–Dicen que por aquí bajó don Nazario Rascón hace mucho años, con un atajo de mulas aparejadas –dijo mi padre.

–¿Y es cierto que bajó hasta el mar? –preguntamos todos.

–Iba a traer sal hasta cerca de Guaymas –respondió.

–Hizo un mes de camino pero trajo suficiente para salar todos los cueros de Tarachi.

Desde entonces aquella hostilidad hecha camino fue cediendo el paso a las caravanas de arrieros que bajaban a Tónichi con los productos y las necesidades de la sierra.

*“Fue en los tiempos en que
valía más la vida de un hombre...”*

Aquel sendero hostil debió estimular en el tío Juan Antonio el recuerdo de otro camino igualmente difícil, porque de pronto comenzó diciendo:

–Fue en los tiempos en que valía más la vida de un hombre–. Y empezó a contarnos que, una vez, venían él y el tío Sabás por lo más alto de la cordillera, habiendo cruzado desde San Pedro Madera, cuando distinguieron a lo lejos un enorme atajo de casi cuarenta mulas cargadas.

–Iban rumbo a Chihuahua –dijo– y ocupaban el camino por un largo trecho. Por eso, uno de ellos se adelantó para pedirnos el paso y como traíamos sólo seis mulas, las hicimos a un lado cuidando de que no se desparramaran.

Y luego contó que empezaron a pasar en interminable caravana dirigida a base de gritos de arriero. Iban cuesta abajo y tenían que llegar hasta donde se angostaba una profunda barranca que había que cruzar sobre un puente colgante. Era un tramo del camino que los obligaba a concentrar todo su esfuerzo en controlar el atajo; a bajar y subir a sus caballos; a cruzar el camino espueleando en desesperados intentos por detener a las mulas que parecían desbarrancarse.

–Serían unos diez –dijo– pero atrás notamos a dos enchaparreados con rifles en las manos y reconocimos que eran de esos guardias que llamaban “los conductas”. Fue hasta entonces que nos dimos cuenta de que las bestias iban cargadas con barras de oro.

–Y siempre insistían en que sólo llevaban plata –comentó mi padre.

El caso es que de repente tres mulas se desprendieron de la hilera y empezaron a bajar por la falda del camino. Uno de los guardianes comprendiendo el peligro, enfiló su caballo cuesta abajo para regresarlas y cuando casi lo había logrado, su caballo resbaló sobre las patas traseras rodando violentamente ante los ojos azorados de todos. Dos gruesos troncos de encino detuvieron a caballo y jinete y, al tratar de incorporarse, un disparo sordo les heló la sangre. Luego ambos quedaron quietos.

Una estampida de ayuda acudió tras ellos, logrando subirlos a un lugar seguro sólo para descubrir que el hombre tenía una pierna perforada dos veces por la bala de su máuser. Inmediatamente se inició una febril actividad de socorro. Unos ataban pañuelos enrollados en la herida queriendo parar la sangre, mientras otros buscaban alcohol en sus alforjas. Sólo encontraron aguardiente y lo derramaron en las heridas y luego lo dieron a beber al caído. Otros le hablaban calmándolo, mientras que los demás cortaban palos para hacer una camilla, arrastrando al tío Sabás en aquel torbellino de socorro. Cuando dominaron la situación, cuidadosamente lo fueron bajando hasta alcanzar el plano para luego organizar la cuadrilla que lo llevaría hasta el primer pueblo que encontrarán.

Un disparo sofocado y tardío sonó hacia atrás, manejado por la mano de otro arriero, que terminaba así la vida del caballo que se había roto sus dos patas traseras.

–¿Y las mulas cargadas de oro? –pregunté apresurado.

–Bueno, pues en todo eso, nadie se acordó de las mulas –contestó el tío–. Fue hasta más tarde, cuando ya se habían asegurado del envío del herido, que de pronto les volvió, como un relámpago, la preocupación por las mulas. Y aquello fue un vivo éntrale; un correr y un echar alaridos hasta que ya exhaustos y casi al filo de la noche, lograron reunir las de nuevo ya al borde de la entrada al puente colgante.

–Sí –dijo mi padre– fue en los tiempos en que valía más la vida de un hombre...

Toribio

El camino mejoró con la historia recién contada refrescando la imaginación y haciendo olvidar, por un buen rato, nuestra fatiga. Y así caminamos por horas, hasta que de pronto, algo llamó mi atención en la otra banda de la cañada. Y ahí con toda su majestad nerviosa se presentó el animal.

–Un venado –grité.

–Pronto, el rifle –gritó mi padre. Pero ya era tarde y aquella ligereza astada había desaparecido con la rapidez de un sobresalto.

–¿Era grande? –me preguntó mi madre.

–Sí –contesté–, tan grande como un caballo.

–Calla, Toribio –respondió ella; y entonces me entró la necesidad por saber por qué me llamaba Toribio y le insistí con tal machaqueo, que accedió por fin a contarme el origen de aquella expresión:

Toribio, arriero de lobos, cazador de leones montaraces, escalador de cascadas, había hecho de la mentira un arte y había llevado ese arte a tal altura que su imaginación tenía ya por ciertas las historias que hilaba. Por las noches, cuando Toribio se sentaba a platicar, todos hacían rueda y guardaban silencio. Sentados en cuclillas, en la oscuridad de la calle, donde sólo se distinguían las luciérnagas de sus cigarros, escuchaban atentos y había un acuerdo tácito de oír todo lo que contara con absoluta seriedad; como si fuera cierto, pues.

–Oigan –decía– fíjense que una vez...

Una vez venía del rancho del Sonogori cuando divisé que por las faldas bajaban varios lobos. Había uno blanco, enorme, que parecía ser el guía de la manada. Como iba yo por el arroyo, no podía escapar hacia abajo y voltié el caballo para emprender la carrera arroyo arriba. En eso oí el aullido de varios lobos más hacia ese rumbo y entonces me di cuenta de que estaba rodeado. Los dos burros que traía cargados, se pusieron locos de espanto y pasé mucho trabajo para meterlos al orden. Cuando ya estaban las fieras a punto de atacar, no se me ocurrió más que echar de alaridos y lo hice con tanta fuerza, que se detuvieron sorprendidas. Yo aproveché el momento y me encaminé hacia ellos echándoles gritos de arriero. Cuál no sería mi sorpresa que asustados y dóciles empezaron a arrimarse a los burros y a caminar junto a ellos. Yo creo que andaban perdidos porque tuve que arriarlos por mucho tiempo hasta que, llegando a Los Pilares, ya para descolgarnos para Tarachi, la grita de las fiestas de mayo me los espantó y no pude traerlos hasta la plaza como lo traía decidido.

En otra ocasión, Toribio se quejó ante todos de un accidente.

–Y miren –dijo–, miren cómo vengo todo arañado.

Y entonces contó que andaba por las montañas boscosas que rodean el rancho del Llano Colorado, cuando decidió parar para comer y descansar un rato, amarró el caballo porque notó que no

quería quedarse quieto, presa de un extraño nerviosismo. Luego hizo una fogata y calentó su comida. El caballo seguía nervioso.

Al terminar de comer, apagó las brasas con un puño de tierra y se tendió a dormir la siesta debajo de un pino. No bien se había dormido cuando fue despertado por unas ramitas que le caían desde el árbol directo a la cara. Se movió un poco y siguió durmiendo. Apenas se iba quedando dormido, cuando de nuevo lo despertaron las ramas que caían y entonces decidió averiguar lo que pasaba. En cuanto se movió, otra rama mucho más grande se vino abajo y él, alarmado, alargó la mano, sacó el rifle y todavía acostado bocarriba, disparó hacia la copa del pino. Un enorme bulto se desplomó cayéndole encima y entablado una lucha loca, sin darle tiempo de parpadear. Él se defendió como pudo hasta que la fiera fue quedándose quieta: había muerto a causa del tiro. Fue hasta entonces que se dio cuenta de que acababa de matar un león de montaña, el matador de ganado que había asolado aquel rancho durante toda la temporada.

–Es por eso que vengo todo arañado –dijo.

Pasado algún tiempo, decidía que ya era hora de que le pasara otra aventura y ante la mirada atenta de todos, empezaba a contar de nuevo:

–Los leones comevacas de Tecorida son muy peligrosos para la gente –dijo un día– y de inmediato todos lo rodearon.

–Los cabrones son capaces de perseguirlo a uno hasta acorralarlo. El otro día me encontré con uno a la vuelta del camino, cerca del arroyo grande de las Pilas Huecas. Como ese día no traía el rifle, no me quedó más que correr. Y pa'cabarla de joder andaba a pie. Cuando ya no hallé que hacer, emprendí la carrera arroyo arriba, despavorido, con el león en los talones. Cuál no sería mi suerte que me topé con la cascada que está más arriba de los relices colorados, mientras que el animal me arañaba los pasos. Ya cuando estaba a unos metros y no hallando otra cosa que hacer, empecé a trepar por el chorro de agua, pero al voltear hacia abajo, me paralizó el espanto porque la maldita fiera empezó a subir también. Entonces no tuve más que sacar mi cuchillo y cortar el chorro. Y desde arriba, todavía aterrado, lo vi cómo se despeñaba y se mataba entre las piedras del fondo.

Esa vez sí hubo protestas y él, comprendiendo que se le había pasado la mano, se fue preocupado a pensar en historias más creíbles.

Fue así como todos se perdieron de sus relatos sobre aquellos hermosos conejos, del tamaño de un venado, que él había visto por los pastizales, y sobre aquellas enormes águilas amarillas que bajaban a toda velocidad del cielo levantando un becerro entre las garras y elevándose con él hasta perderse de vista.

–Y fue tal su fama que desde entonces en esas regiones se les llama Toribios a todos los mentirosos de la sierra –concluyó mi madre mientras se me quedaba viendo.

Maximino Salayandía

Ese fue anterior a Toribio –dijo mi padre– y su origen se fue borrando con los años al grado de que se fue fundiendo con la leyenda. Por eso nadie supo nunca de dónde había venido ni adónde tendría que regresar. Lo cierto es que un día llegó al pueblo todo agitado en entusiasmo, pidiendo que lo escucharan. Todos sabían que cuando venía en ese estado contaba sus mejores mentiras, así que lo rodearon para enterarse de la nueva. Él, con su seguridad de siempre, empezó a relatar que venía del rumbo de Tezopiri cuando divisó un venado pastando cerca de un gran encino. De un salto se bajó del caballo sacando el rifle en el mismo movimiento; el venado levantaba la cabeza para ventearlo cuando él le soltó el tiro. Cuál no sería su sorpresa que la bala atravesó al animal yéndose a incrustar en el tronco del encino. Cuando llegó a levantarlo lo notó salpicado de miel y era que en el tronco había un gran panal y la bala lo había alcanzado haciendo brotar un chorro amarillo. Entonces, se aprestó a tapar el agujero para no perder el líquido y, al estirar el brazo para alcanzar un manojo de hierba, agarró una liebre por las orejas. Como eso no era lo que quería en aquel momento, la estrelló contra un matorro matando con ella un charco de codornices. En eso se escuchó el aullido de un lobo que había olido la carne del venado, él tuvo entonces que cargar apurado el venado, la liebre, las codornices y la miel en la mula y huir despavorido. La carrera hizo que la carga se desparpajara “por eso vine chorreando miel y sangre por todo el camino”, dijo.

Como hubo burlas él los desafió a que fueran al corral a ver la mula. Aceptaron el reto y para su sorpresa la encontraron allí, cargada con un venado, un panal en pedazos, varias codornices y una liebre larga y moteada, todo en un desorden digno de una estampida. Él, con una sonrisa leve y disimulada, les dejó colgada la duda en los ojos de interrogación que pusieron.

Todavía les duraba aquella sorpresa cuando un día lo vieron bajar por el lado del Agua Salada con la montura a cuestas. Estaba visto que algo semejante le había sucedido porque traía estampada en la cara la sonrisita ladeada que todos le conocíamos. Ya que se había asegurado la atención de todos, empezó a contar que en la cuesta de La Mala Noche había parado a dormir porque venía rendido de tanto trajinar por los pueblos cumpliendo su oficio de entregar la correspondencia. Así que sabaneó la mula y se puso a dormir sobre los bultos usando la montura como almohada.

Era todavía de madrugada cuando se levantó para ir a traer la mula. A lo lejos, entre el breñal que está cerca de las cuevas, divisó el bulto tordillo de su bestia en la semioscuridad, la lazó y regresó a su campamento para terminar con los arreglos y salir antes que aclarara.

Cuando emprendió el camino notó que el paso de la mula era muy extraño pero se despreocupó decidiendo esperar a que amaneciera para revisarle las herraduras. Al rato le empezó a extrañar también el tamaño de la mula y su raro comportamiento, hasta que empezó a oír que gruñía. Intrigado, y ya que la claridad primera del día estaba llegando, desmontó sólo para quedarse paralizado por la sorpresa: lo

que había lazado, ensillado y cabalgado, no era su mula sino un enorme oso “de los que tienen sus madrigueras en las cuevas de El Septentrión y se roban los elotes de sus milpas”, dijo muy seguro.

Tuvo después que perseguirlo todo el día para quitarle la montura, hasta que la fiera se la arrancó contra los árboles y las rocas de la cañada.

Después él supuso que aquel maldito animal de uña había matado a su mula y la habría arrastrado hacia las cuevas pues no pudo encontrar rastro alguno de ella. “No tuve más remedio que echarme la montura al lomo y hacer todo el camino a pie”, afirmó. Luego, todos se acercaron a ver la montura y encontraron que estaba llena de pelos y que olía toda a oso montuno.

Así fue sembrando embustes entre los pueblos de la sierra. Fue él quien platicó haber visto a los habitantes de Bámori echando al agua el alambre de púas para que se ablandara y haciendo un boquete en el techo de la iglesia para sacar un carrizo largo que se había quedado adentro durante su construcción.

–Como el carrizo había quedado parado –platicó– no se les ocurrió otra manera de sacarlo. Desde entonces le llaman bamoreño a todo el que dé muestras claras de ser muy bruto.

Y un día no volvió más, los pueblos se preguntaban unos a otros por Maximino Salayandía, pero éste no reapareció jamás por ninguno de ellos. Algunos dicen que murió del corazón porque un día que se agitó mucho durante un rodeo, sintió desfallecer y se sentó bajo un encino a decirle a su corazón: ¡no se me raje cabrón, porque nos morimos juntos!

Por lo menos eso aseguran haberle oído decir. Lo cierto es que él dejó su duda dispersa por toda la sierra hasta que el recuerdo de todos lo recogió hecho leyenda –terminó mi padre.

Las penas al río

Y

— es que las gentes de por allá arriba son así —comenzó el tío Juan Antonio—, cuelgan en un horcón sus penas y sus rencores y cuando ya están secos, como ubres de vaca vieja, los echan al río. Sólo guardan los recuerdos, y no todos. Sólo los buenos. Pero hay algunos que no habiendo podido secar sus penas, vuelven para ver si pueden sacárselas a jalones en el mismo lugar donde se les prendieron a las extrañas. Lo digo porque ahora que vamos encaminados en esto de recontar pedazos de la vida, me acuerdo como si fuera ahorita cuando volvimos con Abelardo a la Plomosa muchos años después de que pasó lo que pasó ...

—Aquí están todavía las rayitas que marcábamos en el tronco de nogal viejo para medir cómo íbamos creciendo cada temporada de ordeña cuando veníamos a prensar los quesos, a colar la mantequilla en un talego y a levantar la milpa.

—¿Y no le dan ganas de llorar, compa Abelardo, nomás de acordarse?

—Y para qué compa, si con eso volvieran aquellos tiempos, orita mismo me soltaba como aguacero de agosto. Pero ya para qué compa, ya para qué.

Iba diciendo todo esto mientras recogía recuerdos que estaban desperdigados por todo el rancho. Lo hacía con la intención de echárselos al costal del olvido, pero sólo consiguió meterlos en el saco del corazón por eso tuvo que voltearse para otro lado y tomar entre las manos un elote tierno que empezó a deshojar sin darse cuenta.

Hizo todo eso apurado, como para evitar que la melancolía, que ya lo venía invadiendo del pecho hacia arriba, se le derramara por los ojos. Luego empezó a caminar alrededor de la cabaña, le dio una vuelta al corral y cuando los olores del recuerdo lo invadieron hasta sus adentros, lanzó al aire un alarido, trepó de un salto al caballo sorprendido y emprendió una carrera que lo llevó a las orillas del arroyo como una fiera escapada que arrasaba con batamotes y chicuras mientras serpenteaba por entre los enormes sauces de la ribera.

Aquel repentino estallido, aquel desahogo frenético nos tomó por sorpresa, dejándonos como paralizados mientras él gritaba encarrerado:

—¡Allí nos bañábamos durante las aguas! —y se dejaba ir con todo y caballo al remanso.

—Pero entonces era más hondo —y salía chorreando torrentes de la montura y de las chaparreras.

—Las barbas de los elotes olían igual —el alarido, y se desbocaba por entre el maizal.

—La corriente arrastraba un ruido pedregoso bajo del agua —el grito, y las herraduras del animal chasqueando en las lajas y soltando chispas.

Otra carrera y esta vez le oí gritar: “Por ese paredón colorado nos echábamos a rodar”. Y se vino barriendo el talud con el trasero del animal que pareció perder el equilibrio y voltearse sobre sí mismo aplastándolo. Pero surgió de nuevo de entre el agua, todavía montado en el caballo, para gritar otra vez:

–Y está todo igual compa, todavía igual. ¡Por vida de Dios! ¡Por vida de Dios que sí me dan ganas de llorar!

Eso le oí decir la última vez que pasó rozándonos con su viento y nos pareció que ya se le iba deshebrando aquella maraña de recuerdos que como avispero traía enredada en la cabeza.

Hasta que hombre y bestia, todos anegados en sudor y agua, todos temblor trepidante, se detuvieron sin aliento junto al robusto nogal y él se sentó a dejar fluir un llanto silencioso mientras rastreaba con la mirada su alrededor tratando de comprender cuánto deleite, cuánto dolor y cuánto olvido pudo meter la vida en aquel solo lugar.

El caballo, mientras tanto, le olía con curiosidad el cabello empapado.

Cuando nos dimos cuenta de su situación, quisimos acercarnos pero Nazario nos detuvo:

–Déjenlo –secreteó–, dejen que le salga todo el pesar junto para que quede livianito y pueda ver todo esto con los ojos limpios otra vez.

Nos mantuvimos alejados, pero no pudimos ignorar el ruido de sus pensamientos que podían sentirse hasta por fuera de su cabeza. Hasta que con voz baja de resignación pudo decir como para sí mismo:

–¡Por allí entró la centella... y no fue un rayo, compa, fue una maldita centella!

Lo dijo como ausente mientras clavaba la vista en el hueco del techo de la cabaña por donde salía el humo del fogón. Y se le vino el pasado encima. Una de sus ráfagas lo arrastró hasta el día en que sus ojos de niño se llenaron con los colores de la sierra al ir cabalgando en ancas del caballo de su padre, agarrado a su cintura y sintiendo entrar por todos los sentidos los olores esparcidos por el anís tierno, por el orégano silvestre y por los manzanillales que, mecidos por el viento, oscilaban abejas en sus corolas amarillas.

Llegaron a La Plomosa cuando el sol ya había secado las hojas aterciopeladas de los encinos. Los abuelos ya llevaban buena parte de las aguas allí y los recibieron con gusto sereno y cariñoso. Luego fue izado en el aire por unos tíos contentos y fuertes y los perros lo saludaron haciendo dibujos invisibles en el aire con sus colas inquietas. Por la tarde llegaron los vaqueros echando alaridos a una manada de becerros tiernos que encerraron en el corral mientras las mujeres preparaban las cecinas y juntaban leños.

Y llegó la noche. La fogata empezó a dorar la oscuridad y los elotes tiernos, echados al fuego con todo y hojas, empezaron a tronar mientras que las brasas chirriaban con la grasa de las costillas gordas. Luego la noche se pobló de ruidos silenciosos y se salpicó toda de luciérnagas furtivas.

Ahí estaban todos: el abuelo encanecido con su cara adornada por surcos esculpidos por los soles y los vientos de los años; los tíos jóvenes y afables; las tías dóciles y esclavizadas por sendos bebés de pecho; la abuela, sombra ligera diligente que se deslizaba sirviendo a todos, y sus padres, todo juventud y movimiento de progenitores prematuros.

Por esos días todos habían abandonado el pueblo (como todos los años) para ir a pasar la ordeña en los ranchos que, desperdigados por la sierra, lo rodeaban en todas direcciones. No volverían sino hasta que los pastos de octubre empezaran a amarillear por las laderas y hasta que las “cajas” de las vacas empezaran a secarse. Entonces regresaría una familia tras otra con su cargamento de quesos, sus ollas de mantequilla y sus costales de mazorcas recién cortadas. Los viejos vendrían por los faldeos meditando sobre el número de vacas que les habían parido en la temporada y sobre cuáles crías serían para cuál hijo. Conocían cada animal por su nombre y costumbres y sabían dónde las encontrarían al año siguiente acompañadas de un nuevo ternero todavía tembloroso y vacilante.

Su último hermano estaba todavía bebé y no se enteraba de nada que no fuera la leche tibia del pecho, todavía duro, de su madre. Pero él tenía ya sus deberes y debía cumplirlos antes de la salida del sol frente a la puerta del chiquero de los becerros, cuidando que cada uno saliera a su tiempo una vez que sus madres habían sido ordeñadas. Después éstas saldrían hacia el monte a pastar libremente para regresar la mañana siguiente lanzando llamados a sus becerros y trayendo su contribución de leche.

Toda una infancia de cálida protección, de una libertad tan ancha como la sierra, precedió a una adolescencia que llegó demasiado pronto. Y una mañana se despertó inquieto pensando en la hora en que el tío Amadeo llegaría con su familia para pasar el resto de las aguas en el rancho. La idea de tener primos con quienes compartir correrías era un premio adicional con que no contaba. Iba a enseñarles tantas cosas y ellos lo seguirían como mansos aprendices cuando los guiara por el desfiladero del otro lado del potrero, pensó, mientras caminaba hacia todos lados como para asegurarse de que todo estaba donde siempre. De regreso rodeó el remanso, fue a dar varias vueltas al corral y terminó en la mina abandonada. Luego se dejó venir rodando por el terreno de jales y apenas alcanzaba el plan cuando tuvo que levantarse apresurado y regresar jadeante al oír que los perros anunciaban una inminente llegada.

Y aparecieron jinetes al otro lado del arroyo mientras su padre montaba a pelo el primer potro disponible y salía a su encuentro. Él recordaba que sus primos eran como de su edad pero no que hubiera una prima mayor. Se dio cuenta entonces de que nunca antes se había percatado de su existencia. Sólo recordaba que una vez había oído a su padre decir: “¡Pobre de Amadeo, es la primera parición de su mujer y le toca que sea hembra!”. Sin embargo, cuando las pezuñas chasquearon en el arroyo fue la primera persona que notó y cuando se acercó para cruzar con ella un tímido saludo, sus ojos de profundidad lacustre le produjeron un leve sacudimiento desconocido. Desde ese momento, sus primos pasaron a un plano de inexistencia y una sensación, mitad deleite, mitad temor, empezó a apoderarse de su ánimo. Pasó la noche entera tratando de explicarse aquello sin que sus catorce años pudieran darle una respuesta.

A la mañana siguiente tuvo que soportar los gritos furiosos de los vaqueros porque al estar cabeceando de sueño, los becerros se le escurrían por entre las piernas e iban a embestir las “cajas” de las vacas en plena ordeña haciendo un volteadero de baldes rebosantes de leche tibia y espumosa. Los gritos lo sacaron a la realidad cuando su padre estaba ya por terciarlo a pialerazos.

Pero vinieron las tardes de libre chapoteo, con sus primos, en el remanso claro del arroyo y el rodar por el paredón colorado para ir a parar en el agua transparente de entre lluvias. Luego los guió por todos los rincones del potrero y les confió secretos sobre los lugares donde podrían divisarse los venados y sobre hondonadas donde era mejor no internarse porque se aparecían animales deformes “que hablaban como la gente”, les dijo.

Pero la admiración de sus primos había dejado de interesarle. Esto le causó un sentimiento de extrañeza que lo llevó a refugiarse en el túnel de la mina donde le dio por solazarse por horas imaginando cerca los ojos adormecidos y las mejillas aduraznadas de su prima Rosalinda. La búsqueda gritona de sus primos venía siempre a obligarlo a abandonar su refugio y él salía como flotando en un aire florido para guiarlos en juegos que, desde hacía tan poco, habían perdido su interés.

Hasta que la lluvia violenta de una mañana de fines de agosto los sorprendió en el quelital de la milpa y tuvieron que correr en busca de refugio. En plena carrera, pensó en la mina. Rosalinda iba aterrada por los relámpagos y sintió la salvación en aquel hueco oscuro y seco. Mientras las risas traviesas de sus primos llenaban de ecos el túnel, la tempestad llenaba de truenos la sierra, el miedo y la oscuridad le dieron una mano toda llena de temblores. El terror por los truenos del cielo le duraría toda la vida, contaría más tarde. Y es que ella sabía que la perseguían, dijo también miles de veces durante las

incontables ocasiones en que trató de arrancarse el recuerdo. Pero en aquel momento, aquella mano le hizo sentir que paraísos enteros entraban por sus dedos e iban a parar hasta los rincones más deshabitados de su ser. Ella intuyó su palpitante respuesta y sintió ruborizarse mientras el sentimiento de protección se le transformaba en un subterráneo estremecimiento.

Cuando el viento quiso que la lluvia mojara otros verdes, tuvieron que salir y entonces él buscó los ojos de Rosalinda y éstos lo esquivaron. Entonces no supo si aquello había sido sólo otro de sus sueños.

La siguiente tarde que fueron al estanque notó, por primera vez, las formas de Rosalinda bajo su camión empapado y un extraño desasosiego empezó a pasearse por sus adentros.

De vuelta del pastoreo notó un día que comenzaban a caer las primeras hojas de los encinos y que las hierbas estaban cambiando de color. Supo entonces que se iban las lluvias y con ellas sus primos. La algazara de los pavos silvestres había desaparecido días atrás, notó, y los echaderos se notaban cada vez más vacíos porque el ganado iba mudándose lentamente hacia los abrevaderos.

El corazón le saltó en el pecho “como pollo recién degollado” (nos dijo cuando nos lo contaba) la noche que oyó a su padre hablando con su tío desde arriba del zarzo de los quesos para recordarle que había que levantarse más temprano para ir a buscar las mulas. Y ya no le cupo duda: mulas, aparejos, zarzos y quesos, no podían significar más que viaje. Se pasó la noche buscando entre sueños los ojos lacustres. Y los encontró la mañana siguiente diciéndole adiós, desde arriba de su cabalgadura en una mirada que duró hasta la otra ribera del arroyo y hasta que su figura se perdió entre las demás que subían las pendientes del cerro de enfrente. El encinar los desapareció cuando él todavía escurría su mirada por entre lejanías hasta que su vista regresó arrastrada por la voluntad de ocultar una pesada melancolía que amenazaba con mostrársele en el rostro.

Y ya no tuvo paz. Una inquietud desolada lo llevó a preguntar a su tío Nazario que cuánto tiempo faltaba para levantar el rancho y regresar al pueblo. Nazario lo miró dos veces antes de contestarle.

—¿Y ora tú, por qué quieres saber eso, tú que siempre andas a friega y friega preguntando cuándo se llega el momento de venirnos a La Plomosa?

—Bueno, pues, nomás... —balbuceó confuso.

Apenas habían traspuesto los cerros del Peñasco Gordo cuando empezaron a ver otras familias que también habían terminado su temporada de ordeña y se dirigían al pueblo tras las mulas cargadas con la cosecha de las aguas. Cuando desembocaron en el Llano Colorado, más familias se unieron al camino, y para cuando bajaron al Arroyo Hondo, parecía que todos habían decidido llegar al pueblo el día en que la primera migración de golondrinas emprendía el vuelo. Éstas no regresarían sino hasta el siguiente verano, precisamente cuando la gente estuviera saliendo para los ranchos al impulso de un ¡vámonos al rancho que ya están llegando las golondrinas!

Al día siguiente ya flotaba en el ambiente la fiesta del 15 de septiembre. Por las calles del pueblo ya paseaban briosos y cubiertos con gualdrapas de colores los caballos de la carrera. Las apuestas se concertaban entre grupos de hombres que, sentados en cuclillas, hablaban mientras rayaban el suelo. Los cohetes habían empezado a tronar desde la madrugada y las máquinas de coser echaban humo bajo el apuro excitado de muchachas impacientes que cosían colores para adornarse y alegrar con ellos el ruedo.

Rosalinda estaba hilvanando puras ansiedades porque todavía no sabía si Abelardo había regresado del rancho. Había decidido (ahora que tenía permiso para bailar por haber cumplido los quince) que no compartiría aquel momento sino con él. Blasa Bermúdez quiso acabar con aquella

ansiedad y echó a correr una gallina calle abajo para que Rosalinda, persiguiéndola, pudiera pasar frente a la casa de Abelardo y enterarse si la familia había llegado.

Amaneció, por fin, el día 15 envuelto en cohetes de colores y “cuetes” de mezcal. Los hombres empezaron a pasear en sus caballos de estima luciendo monturas recién encebadas. Habían lustrado sus chaparreras y arrastraban capotes de colores que, colocados en la grupa de los caballos, colgaban hasta el suelo barriéndolo en dirección del ruedo mientras que las mujeres preparaban el tesgüino y los tepaches que cada casa debería brindar a quien se parara en su puerta.

Y aquel baño de colores y de música; aquel pulular de jinetes y aquel arreo de toros salvajes, le pareció a Rosalinda sólo un prelude. Todo el día le tembló el ánimo pensando en que todo aquello remataría en la placita de baile que recién regada olía a tierra fresca y adornos de pino acabados de cortar.

Cuando sus cuerpos se tocaron en la rigidez de un baile tímido y torpe, los arrastró el arrobamiento y ya no supieron más de sí.

Desde entonces, nada tendría ningún interés en sus vidas si no era para buscarse uno al otro; nada tendría sentido si no era para perderse en el vértigo de miradas lánguidas y envolventes. Y le pareció que aquello no tenía precedentes, que no era posible que nadie en el pueblo hubiera nunca amado a nadie de esa manera. “En todo el mundo”, dijo ella, “no nomás en el pueblo”, y él estuvo de acuerdo.

El ciclo de las temporadas se repitió varias veces y el tiempo había perdido ya sentido en sus conciencias cuando un día sus padres decidieron casarlos. “Antes que se nos mueran de amor”, dijo don Amadeo. “Tráin la cabeza llena de chapulines.”

Vendió una vaca cada padrino, carnearon otra y la boda duró tres días.

Cuando la resistencia se agotó y las dos familias fueron vencidas por el sueño y el soto, decidieron mandarlos para La Plomosa. Y aquello fue un fluir de paraísos que se sucedían unos a otros.

Todo lo que los rodeaba parecía vivir un permanente embriagamiento. A las primeras lluvias sintieron como si treparan por entre las gotas hacia el espacio y flotaran allí entre olores a tierra mojada y pólenes tempraneros. Ella convirtió la cabaña en un nido de fragancias del monte y él compuso cercos y barbechó la milpa con un cantar que se enredaba entre los surcos. El estanque acarició sus cuerpos desnudos y jóvenes y todos los vientos que pasaron por La Plomosa, en aquellos días, se llevaron consigo fracciones de éxtasis.

El verde tierno de las primeras matas de maíz empezó a adornar la milpa y las primeras vacas empezaron a bajar de sus echaderos seguidas por terneros de piernas largas y vacilantes que venían a compartir las primicias de sus calostros con la pareja de recién anidados que estaban ya amalgamados con la naturaleza circundante al grado de parecer la última pieza para el acabado perfecto de la creación.

Él había arreglado los potreros para dar la bienvenida al ganado y los cauces del viento ya le habían traído el aviso de que la familia llegaría pronto. “Como por ahí a mediados de junio”, le habían dicho, y el mediados había sido el día anterior.

Le pareció demasiado pronto, pero nada fue descuidado para que, cuando llegaran, todo estuviera en su espera y pudieran gozar aquel verano que no tuvo comparación porque no había habido nunca otro igual. En eso se acordó del parto de la yegua cuatralba que ya andaba en las últimas la semana anterior y enfiló hacia el potrero con la esperanza de recibirlos a todos con un potrillo sedoso y tembeque que sería para el hijo que empezó a engendrar desde el día que había llegado a La Plomosa. La divisó entre el pajonal cuando las primeras gotas gruesas empezaban a horadar el viento. Se acercó llamándola por su nombre hasta que el animal lo reconoció y lo dejó acercarse a acariciar un crío recién

llegado a la luz. Lo levantó en brazos y emprendió el regreso seguido por una madre mitad temerosa, mitad agradecida. No salían todavía del potrero cuando los primeros latigazos metálicos azotaron la nubazón preñándola de presagios. Los estallidos eléctricos erizaron el viento y el aguacero se vino encima como ansioso de reponer la sequía del año anterior. Abelardo, con el potrillo en brazos, alzaba la cara jubiloso dando la bienvenida a las aguas y se empapaba con la alegría de una mata recién regada. El monte recibía la lluvia con un hálito vegetal que parecía un agradecimiento y, abajo, el arroyo comenzaba un murmullo prematuro.

Un nuevo zarpazo ensordecedor hizo añicos el encanto del momento. ¡Rosalinda!, pensó: ¡su terror por los truenos!, volvió a pensar, y una mezcla de temor y remembranza arrastró el recuerdo hacia la primera tempestad que los llevó al túnel de la mina. Sintió un estremecimiento de evocación que luego fue sustituido por el sobresalto. Se apuró pensando que ella estaría aterrada, como aquella vez, mientras apretaba el paso.

Fue entonces cuando vio aquella fugaz bola de fuego antes de oír el trueno. La vio desprenderse del relámpago y tenderse sobre los árboles buscando dónde descargar la furia junta de todos los infiernos. Cayó deslumbrado y aturdido mientras veía cómo la bola rojiza rodeada de llamas se precipitaba horizontal por sobre el monte. Presa del terror soltó al potrillo y corrió frenético hasta el borde del paredón colorado y desde ahí vio cómo la lengua de fuego penetraba por el hueco del fogón y reventaba adentro en un ruido sordo que iluminaba toda la cabaña con colores de muerte.

—¡Rosalinda! —gritó enloquecido y sus cuerdas vocales crispadas parecieron romperse bajo una descarga de angustia.

Cuando arrancó la puerta poseído de una fuerza que lo estallaba por dentro, todo se le presentó ennegrecido y envuelto en una niebla que oscurecía el interior con su espesura.

Y ahí, cerca del fogón, con la masa de maíz entre sus manos, Rosalinda negra; Rosalinda con los ojos grandes de sorpresa; Rosalinda silente y tranquila; Rosalinda inmóvil y... ¡completamente carbonizada!

Salió desenfrenado. Un dolor parecido a la locura lo quemaba por dentro mientras corría sin rumbo por las riberas del arroyo. Enfiló hacia el corral y montó a pelo el primer caballo lanzándolo contra los sauces; contra los paredones; contra los corrales; contra todo en una carrera suicida que el animal evitó echándose al agua y saliendo sin él en la otra orilla para huir presuroso y sorprendido.

Emergió corriente abajo, maldiciendo estar todavía con vida. Pensó en el desfiladero y cuando corría hacia allá chocó con el alambre de púas del potrero y cayó sangrante y desfallecido. Entre fiebre y locura su mente recobró el rostro ennegrecido y la recordó más bella que nunca; más necesitada de su mano en su muerte prematura.

Desde el pueblo habían columbrado la tormenta, dijeron, mientras la familia sonreía satisfecha pidiendo que el agua cayera por el rumbo de La Plomosa. La madre de Abelardo sintió un escalofrío subterráneo que la estremeció entera y no descansó hasta que los convenció a todos de que salieran para el rancho de inmediato.

No la quiso tocar, temía que se le deshiciera entre las manos. Por fin se atrevió a tenderla en un lecho de hierbas frescas y se sentó a mirarla. Pasó la noche en silencio y pareció serenarse cuando decidió esperar ahí la muerte.

—Se vio una centella por el rumbo de La Plomosa —les dijeron en el Arroyo Hondo, y el escalofrío se apoderó entonces de todos. Apretaron el paso ya con la angustia mordiéndoles los talones. Cuando divisaron la cabaña humeante comprendieron de golpe y fueron acercándose lentamente como para no alborotar de nuevo a la tragedia.

Una fragancia de hierbas mezclada con olor a quemado los recibió al asomarse al interior y un rostro bello y petrificado les avisó de un bulto de dolor que, ahí enfrente, la contemplaba con la mirada hundida en la nada.

El pueblo en masa esperaba en las orillas cuando se divisó a lo lejos la caravana. Abelardo pasó por entre la gente sin notarlo siquiera. “Que se le paralizó la mente”, se esparció el murmullo. Todos quisieron ver aquel rostro hermoso cambiado de color y aquella expresión tranquila que no pudo cambiar la descarga. ¡Cuánta violencia ha sido necesaria! ¡Cuánta para segar una fuente de paz!, dijo el maestro al despedirla.

No volvió jamás. Dejó el pueblo con la intención de borrar su existencia y fue a rodar por la costa de plantación algodonera a la trilla de trigo; de pizca en pizca; de desmonte en desmonte, hasta que cayó en el desierto del bracerismo con una decisión de muerte.

Así pasó más de la mitad de la vida.

Y ahí estaba ahora, después de veintisiete años, repitiendo: “y no fue un rayo compa, fue una maldita centella”.

Y se estuvo ahí repitiéndolo hasta que vomitó un dolor viejo de pura hiel.

Cuando se levantó con una nueva expresión en los ojos, supimos que se había sacudido el recuerdo de encima.

Días más tarde, al divisar hacia atrás, se despidió de La Plomosa sin rencor.

Había tirado su dolor y sus penas, ya secos, al río.

Los gritos de la sierra

No sé cuántos días pasaron, pero una tarde nos encontramos saliendo de un cañón por el lecho de un gran arroyo seco bordeado de vegetación baja y requemada. En eso sonó un disparo que retumbó en las paredes rocosas dejándonos a todos sorprendidos. Mi padre y mi tío se vieron de reojo y estuvieron indecisos por un momento. Se recuperaron pronto y luego comentaron en voz alta que el rancho del Carrizo debía ya estar cerca y que seguramente alguien de ahí andaría cazando. Esto nos tranquilizó y seguimos el camino.

Horas más tarde habíamos salido del cañón sólo para internarnos en otro más ancho y que tenía visos de no acabarse nunca. Un grito lanzado desde muy arriba nos hizo frenar de nuevo los caballos y guardar silencio.

–Es el saludo de la sierra hijo, ¿a poco no lo conoces? –explicó mi padre.

–Habría que contestarlo –respondió el tío, y enseguida los dos se pusieron a echar alaridos. El grito lejano se repitió una vez más y luego se perdió en las alturas.

Entonces de golpe recordé que un grito igual nos había dejado helados a mí y a mis primos hacía tiempo, en un cañón cercano al rancho de Los Amoles. Por las tardes teníamos encomendada la tarea de irnos arroyo arriba a recoger los becerros y regresarlos al corral antes de que pudieran juntarse con las vacas y acabar con la ordeña de la mañana siguiente. Pero nos entreteníamos apedreando panales en los acantilados o rastreando jabalíes de los que cazaba el tío Ubaldo. Siguiendo la huella de una de esas hostilidades, nos fuimos internando hasta llegar a un cañón de altas paredes rojizas de las que pendían árboles de enormes raíces adheridas a la peña como inmensas arañas. El lugar era imponente e inhóspito y cuando las huellas se perdieron entre las piedras del arroyo, nos pusimos a atisbar las paredes verticales. No tardamos en encontrar un panal inaccesible que empezamos a apedrear de inmediato para luego juntar abajo sus pedazos. No habíamos saboreado las primeras mieles cuando un lejano y prolongado grito nos detuvo. Parecía provenir de las alturas pero luego se encajonaba en el cañón expandiéndose hacia nosotros.

–No puede ser grito de gente –dijo Lencho con voz de susto.

–Ha de ser algún arriero –le respondió Jesús.

–¿Arrieros en esta lobreguez? –dije, y la última sílaba se me fue quedando atrás porque ya iba corriendo en una estampida digna de las mejores competencias. Varias veces más nos persiguió aquel alarido antes de que pudiéramos salir del cañón dejándolo atrás como a una alucinación acorralada. Todavía lo escuchamos una vez más salir de las alturas y ahogarse en la hondonada cuando el cansancio nos había hecho parar un momento. Emprendimos de nuevo la carrera y no paramos hasta el rancho. La explicación de nuestro susto no fue suficiente para evitarnos el regaño de haber perdido la tarde y regresar sin becerros. Por eso no cesaban las maldiciones de Chayo y Manuel cuando tuvieron que ir por ellos ya casi al anochecer.

–Son gritos que hay encerrados entre los cerros desde hace mucho tiempo –me dijo mamá Rosita.

–Es que aquí estamos acostumbrados sólo a los ruidos de la naturaleza y un ruido humano en estas grandes soledades es siempre una sorpresa, o una ilusión –repitió para sí misma.

No había oído esos gritos desde entonces y ahora me los lanzaba otra vez la sierra como una indicación de despedida.

El arroyo se empezó a hacer ancho y arenoso. Los bordes del cañón se fueron convirtiendo lentamente en lomas largas y una sensación de amplitud nos avisó que estábamos saliendo de la sierra. Mi padre anunció que esa misma tarde llegaríamos a Tónichi y que allí dejaríamos los caballos para siempre y que, días más tarde, seguiríamos en tren.

–¡En tren! –respondimos Trini y yo al mismo tiempo. El corazón nos dio un vuelco y una mezcla de curiosidad y de temor volvió a hacer presa de nosotros. Él sabía el efecto de la noticia y sonrió prosiguiendo el camino.

Cada uno celebró como pudo la cercanía de la llegada. Sabíamos que este momento tenía que venir, pero estuvo siempre remoto e irreal en el fondo de nuestras mentes. Y de pronto estaba presente, allí, a medio día de distancia, desde donde nos transmitía ya una emoción sobrecogedora. Ángel, ayudante y hermano adoptivo, reía con una expresión de inocencia, timidez y alegría. Le habían venido diciendo por el camino que había que colgar un hueso de vaca en el cuello de los que nunca antes habían bajado de la sierra y que para cumplir con esa tradición, se lo colgarían a él primero por ser ya un hombre. Él volvía a reír y no acertaba a tomarlo como broma, porque no estaba seguro de que no fuera en serio. Yo ya lo había aceptado y estaba dispuesto a que me colgaran el hueso, siempre y cuando se quedaran serios. Con su natural terneza, Ángel lo aceptó también siempre y cuando llegáramos ya de noche.

Punta de fierro

Legamos cuando los días se contaban ya por montañas y cuando nuestras tortillas crujían como ramas secas. Me parecía haber cruzado el mundo entero cuando pensaba en el camino que habíamos recorrido y en los largos días que nos separaban de la partida. No podía creer todavía en la llegada, hasta que una lejanía de perros nos trajo los primeros ruidos pueblerinos. No me era posible imaginar Tónichi, nunca había visto un pueblo grande y me puse a deducir que tendría casonas altas y una plaza hermosa, pues era la puerta de la sierra, el lejano proveedor de maravillas, el punto de contacto con el mundo exterior.

Una hilera de casas de adobe erosionado y un calor desconocido sentaron las bases del desencanto. Cuando desembocamos en la calle principal, en rudo desfile de cansancio, sentí las primeras miradas extrañas de mi vida. Vi caras que no conocía y de pronto me di cuenta de que nunca había estado en otro pueblo que no fuera Tarachi y que nunca había visto gentes desconocidas. Era otra sensación nueva, no había duda de que estaba empezando a descubrir el mundo de afuera. Este pueblo estaba acostumbrado a ver bajar atajos de mulas y grupos de vaqueros de la cordillera y hacía mucho que se había echado a dormir. Sus calles eran largas y opacas, especie de cañadas con ecos de adobe. El sol aquí era diferente, duro, violento y había dejado al pueblo sin color. Lo demás lo había hecho el viento.

Barro rojo en las patas de los caballos; allí un pueblo carcomido por los elementos y el descuido; más abajo, el río y, al otro lado del río, unas casas grandes y altas llamadas La Estación y luego un camino de fierro con rumbo desconocido. El temor y la fascinación dominándolo todo y nuestras mentes abiertas absorbiendo aquello con una intensidad que lo imprimía en la memoria para siempre.

Nos instalamos en una casa de adobe rojizo con techo muy alto y sin ventanas mientras mi padre hacía los arreglos para el retorno de los caballos y las mulas con el tío Juan Antonio, quien debía encargarse de llevarlas de regreso a la sierra. Días más tarde, lo veríamos regresar de nuevo a la montaña, con la bondad de siempre en su cara y la despedida en su espalda cuando se perdió entre los mezquites camino arriba. Hacer todo el viaje de nuevo era algo que yo no podía concebir y me quedé sorprendido de la naturalidad con que él lo había tomado. Su partida me dejó un sentimiento de desamparo. No oiríamos ya sus historias durante el resto del camino, ni nos acompañaría más su amabilidad protectora de tío y amigo y su serena concepción de la amistad y la vida.

Se hablaba mucho del tren, de La Estación y del río. No pudimos dormir por el impacto de aquellas conversaciones. Nos hacíamos preguntas en la oscuridad acerca de si sería más grande que una casa y, entonces, ¿quién lo movía?, y ¿cómo podía correr más que un caballo? ¿Cuántos hombres lo manejaban? y ¿qué pasaba cuando iba cuesta abajo? La explicación que recibí fue sencilla y contundente:

–El tren corre siempre por el llano.

La noche se nos hizo eterna y antes de la madrugada ya estábamos de pie esperando el momento. Salimos por media calle, encarrerados cuesta abajo y al llegar a la última pendiente, de pronto, como una serpiente líquida, apareció frente a nosotros: el río. Nos dejó sin aliento, pensando en el tren nos habíamos olvidado del río suponiendo que sería como los demás ríos que conocíamos. Pero éste era el Yaqui, un río de veras. La sierra juntaba todos sus hilos de agua, luego los convertía en arroyos que a su vez se engrosaban en los ríos que nosotros conocíamos. Pero lo que no habíamos visto jamás era aquel ancho camino líquido, aquella gruesa arteria hinchada por la que bajaba la vida desde la cordillera. Y allí estaba, reposado e imponente, con una avenida que le habían regalado las lluvias lejanas de las montañas. Nunca pensé que se pudiera reunir tanta agua y que ésta pudiera arrastrarse con tal poder. Lo que más me costaba imaginar era la fuerza incontenible que aquel torrente arrastraba. ¿Luego de veras íbamos a cruzarlo? La sola idea me llenó de terror y por primera vez quise que el viaje nunca hubiera empezado. Añoré de pronto la tranquilidad de nuestros pinares y la inofensiva transparencia de nuestros arroyos.

Dos días pasaron antes de que los operadores de aquellas grandes poleas se atrevieran a lanzar el pango a la corriente. Cuando calcularon que lo peor de la creciente había pasado, iniciaron su tarea bajo la curiosidad temerosa de nuestra mirada. Las poleas rechinaron y allá en el otro lado se escuchó un estallido de cohete, como señal de que la maniobra había comenzado. Nosotros nos forzábamos para divisar el pango y cuando logramos distinguirlo, el temor se apoderó de nosotros. ¿En eso íbamos a cruzar? ¿En esa pequeñez? ¿Sobre esa fragilidad? Paulatinamente vimos cómo crecía al acercarse y eso nos consoló. Traía mulas y gente encima y su tamaño era considerable. Cuando la corriente del centro del río lo jaló bruscamente, hubo sobresalto y varios hombres se unieron a los de las cuerdas y poleas. Entonces vi que mi padre se les unía y la confianza me llegó de nuevo. Comprendí que él había estado allí todo el tiempo y que por él nada podría pasarnos.

Y fuimos subiendo, uno a uno, lentos, inseguros y con una interrogación en los ojos. Luego subieron los mayores y nos tomaron de la mano para transmitirnos una seguridad que no tenían. Y empezó a moverse lento, lento, haciendo la travesía larga, interminable. Pensé mil cosas: que los cables se reventarían; que al llegar a medio río, la corriente nos arrastraría; que no había pasado antes, pero que esta vez sí pasaría... Mi madre se puso el rebozo en la cara y no lo retiró hasta que mi padre le tocó suavemente el hombro para avisarle que estábamos llegando a la otra orilla.

—¡Punta de Fierro! —gritó el panguero.

—¡Estación Punta de Fierro! —repitió, y yo sentí que estábamos salvados.

Fuimos acomodados en unas bancas largas de madera, fijadas contra la pared interior de unas casonas amplias con techos altos de una extraña lámina metálica que llamó mucho mi atención. Adentro, se amontonaban las mujeres con sus chales oscuros cubriendo sus cabezas y la mitad de sus caras. Afuera, los hombres en cuclillas hacían rayas en el suelo y platicaban de la creciente del río: que se esperaba otra, que el año pasado estuvo mucho más grande, y que no había dejado pasar durante ocho días y otras cosas. Yo entraba y salía escuchando fragmentos de pláticas de hombres y pláticas de mujeres. Estas últimas no me retenían mucho porque no me gustaba aquel grupo de medias caras cubiertas. Me parecían extrañas aves acechantes que comentaban todo en voz baja usando un idioma desconocido. Mi naturaleza inquieta me traía de adentro para afuera cuando, de pronto, descubrí la vía del tren. Nada me interesó desde entonces, toda mi mente se dedicó a explicarme aquello. ¡Qué extraña rigidez de metal! ¡Qué frialdad lineal más absoluta! Luego, ¿éste era el camino de fierro? Primero pensé que serviría sólo para impulsar al tren al principio de su carrera. No era posible que hubiera rieles todo el camino. ¿Cómo iban a seguir tan derechos por entre lomas y montes? Además, eso costaría demasiado. Nadie me había dicho que el tren corría sobre rieles, menos que corría todo

el tiempo sobre una vía; nadie me lo había mencionado siquiera y yo lo encontraba sencillamente imposible. Era la segunda gran sorpresa y el primer encuentro frontal con la civilización. Sin duda era éste el gran día.

Pero lo más sorprendente estaba por ocurrir todavía. Varias horas más tarde una columna de humo se divisó a lo lejos. Un murmullo se generalizó entre los que iban a ser pasajeros y entre los que no iban a ninguna parte. Todos empezaron a moverse, a entrar y salir y a amontonarse cerca de la vía. Los que viajaban por primera vez miraban hacia lo lejos con ojos disimulados de azoro, esperando la aparición del monstruo. Los que lo conocían bien, aunque nunca habían viajado en él, adoptaban un aire de saberlo todo y daban explicaciones que nadie escuchaba. Una agitación, como la que precede a los grandes acontecimientos, dominó el ambiente. El cosquilleo en las plantas de los pies, la presión concentrada en un punto del estómago contraído por la expectación, la mente toda llena, toda invadida por una sola idea, con una concentración total de interrogante a punto de encontrar respuesta. Fue la primera vez que experimenté este sentimiento, y ruego a mi naturaleza que nunca me prive de la capacidad de emocionarme de esa manera.

A cada momento alguien gritaba “ahí viene” como gritaban en las carreras de caballos en Tarachi. Luego todos dejaban ir su mirada sobre la vía, pero nada aparecía. Y por fin, a la vuelta de una loma, se notó un punto negro, moviéndose lentamente. Tuve que apretar mi miedo al ver que sin cesar aumentaba de tamaño. Una cosa así no podía controlarse a voluntad, pensé, mientras se acercaba más y más. ¡Dios, qué grande era, y cuánto ruido hacía! ¡Qué portentosa y temible fuerza domeñada!

Corrí a una distancia prudente y, con ojos azorados, lo vi acercarse a la estación. Como espectáculo estaba bien, pero subirse a él, era otra cosa. Decidí que jamás me meterían allí y comencé a inventar toda clase de excusas desesperadas, incluso, traté de persuadir a mi padre de que deberíamos proseguir el camino a caballo. Pensé en el Zambo, en el Zaino y en las mulas apacibles, y cuánto los amé en aquel momento.

Un grito de mi padre me devolvió a la realidad y al unirme a la familia, encontré que alguien compartía mi pánico. Aristeo había entrado en un estado incontrolable de histeria y sus manitas de tres años se aferraban al cuello de mi madre con la angustia de quien va a ser lanzado a un pozo. Mi padre lo tomaba en brazos y lo paseaba, pero se cansaba pronto de sus chillidos y lo devolvía a mi madre. Debo haber estado por hacer lo mismo, porque oí la voz de Trini cerca de mi oído: “no chilles marica, ¿a poco vas a empezar tú también?” Su conciencia inculcada de hermano mayor le había hecho dominar su espanto y se sintió en la obligación de ayudar a aplacarnos. Sentí su apoyo y accedí a subir sin oponer resistencia, pero Teo no entendía razones y hubo que subirlo pataleando hasta encontrar dónde acomodarnos.

Una calma tensa predominó cuando todos se hubieron acomodado en los duros asientos de madera y hubo un sentimiento de seguridad momentánea. No era tan terrible después de todo, pensé, y me fue dominando la curiosidad por observar el vagón donde estábamos. Me atreví a caminar hasta la puerta que, abierta, mostraba la entrada del carro contiguo donde también había mucha gente. El primer silbido de la locomotora me mandó en estampida hasta donde estaban mis padres. El encontrón enviado por la máquina me hizo estremecer y ocasionó otra vez el pánico de Teo que de nuevo dio rienda suelta a sus berridos con el consiguiente incomodo de mi madre que miraba a su alrededor con expresión de excusa.

Y comenzó a moverse, a rodar, con aquel ruido de rieles que habría de gustarme mucho después y que me recordaría siempre aquel momento. Sentí que su movimiento no iba a ser tan violento como me lo había imaginado porque el ruido se volvió rítmico devolviéndome la calma. Al poco tiempo de

avanzar me sentí reconfortado y me atreví a mirar por la ventana. La sensación de rapidez había desaparecido y tuve una impresión nueva al ver las montañas y los árboles pasar en oleadas sucesivas. El paisaje cambiaba sin cesar brindándome otra experiencia completamente desconocida.

Segunda parte

La llanura

Qué pasiva manera de ser transportado era aquélla. Por primera vez me sentí llevado sobre algo que no requería de mi participación y que se deslizaba por un camino que no podía verse ni sentirse. Las cosas tenían otra dimensión desde allí y el paisaje me fue avisando que había salido para siempre de mi elemento primario. Las montañas empezaron a convertirse en cerros negruzcos y aislados y luego en lomas alargadas, chatas, sin quiebres ni gracia. Los árboles comenzaron a encogerse y a transformarse en chaparral desértico, salpicado de extraños cactus largos como dedos gigantes y espinosos extendidos hacia el cielo. Me dijeron que se llamaban pitahayas y que cuando se les limpiaba y secaba al sol, su esqueleto servía para entretejer muros zarpeados de lodo. No pude entender cómo podían hacerse casas con aquellas raras plantas hasta meses después cuando tuvimos que levantar nuestra primera choza, en el espinudo llano del Valle del Yaqui.

La tierra se extendía cada vez más, dejando ver grandes extensiones sin cerros y pensé que éstos serían los valles. Más tarde me di cuenta de que sólo eran mesetas y que la verdadera llanura estaba todavía por llegar.

El camino se hizo monótono en las primeras planicies y yo me escapé de vuelta a la sierra en un desdoblamiento propiciado por el adormecimiento que producía el rítmico avanzar del tren. Y me vi de nuevo cuidando la entrada del corral para que los becerros no se juntaran con las vacas; trepando riscos con mamá Rosita para alcanzar los remotos dátiles silvestres; secando la palma fina para los sombreros de las aguas, y se me hizo realidad otra vez el aullido lejano de los lobos que ponía a todos los ranchos en alerta en aquellas noches de inviernos largos y solitarios. Tac, tac-tac, de la vía, lomas largas y secas... y la noche en que todos los primos dormíamos juntos en una de las chozas del rancho del Agua Blanca cuando notamos una vela prendida sobre las peñas lisas en medio del arroyo. El espanto nos unió a todos y pasamos el resto de la noche desafiándonos a un acercamiento a la llamita, hasta que ésta desapareció con los primeros destellos del alba... tac, tac-tac; llanos secos poblados por millones de cactus espinosos, tac, tac-tac ... y las calabazas rellenas de piloncillo negro y cocinadas en cuevitas abiertas en las paredes de barro del recodo del arroyo; ¡cómo costaba trabajo y paciencia conseguir que no se escapara el vapor y que no se apagaran los leños que calentaban, por abajo, esas cavidades! ¡qué olor cuando las sacábamos y las abríamos en dos, para darnos un banquete! y el robo de una de ellas, achacado al espíritu de la vela ... tac, tac-tac, el tren; gente con cara de incertidumbre bajando de sus floridas montañas para internarse en esta llanura hostil y caliente e ir a parar a los apiñamientos de chozas nómadas a las orillas de Cajeme o de Hermosillo... tac, tac-tac, el tren; y los baños en las Pilas Huecas del remanso de Tecorida con el agua fresca de las peñas y la libertad desnuda de la inocencia... tac, tac-tac; familias sin destino fijo con su equipaje de miserias a cuestas y sus esperanzas tímidamente escondidas, tac, tac-tac...; y los panales enquistados en los relices esperando nuestro descubrimiento; los jabalíes feroces en rebaño de peligro siendo perseguidos por el tío Ubaldo carabina en mano; los encuentros entre un grupo de vacas protegiendo en círculo a sus crías del ataque de los lobos que a

veces perecían en los cuernos bravos y nobles del Chispo; la diversión exaltada cuando se escuchaba el primer desafío en el bramido lejano del Mascarillo que venía a disputarle el corral al Colorado; su acercamiento, anunciando a mugidos furiosos el espectáculo del enfrentamiento. Y era un correr hacia los corrales y un trepar a los madroños para presenciar el encuentro. Se acercaban, se acercaban, hasta que viéndose uno al otro de frente, se lanzaban a un encontronazo descomunal. Y comenzaba el crujir de cercas y el atropello de vacas y de todo lo que hubiera al paso. A veces se acercaban peligrosamente a las chozas y había que intervenir a grito partido para alejarlos. Hasta que el cansancio los vencía y el más fuerte daba un último encontronazo y el otro volteaba por fin el cuerpo hacia el rumbo contrario dejándole una victoria de harén corralero. No había nunca lucha a muerte entre aquellas moles de nobleza, bastaba que uno se alejara del campo de batalla para que ésta terminara. Así marcaban su territorio y éste era raras veces disputado. Era el estado original que iba quedándose atrás ...

—¡Estación Corral! —gritó el conductor. ¡Estación Corral, se acaba el camino! —repitió, y me trajo de golpe a la realidad. A partir de entonces, nuestras realidades se iban a ver salpicadas constantemente por aquellos escapes retrospectivos hacia la sierra. Serían nuestro único respiro en medio de aquel valle de hostilidad en que nos estábamos internando. A tal grado serían reconfortantes que cuando se viera a un paisano meditabundo y quieto se diría que había que dejarlo tranquilo porque “estaba en la sierra”.

Unas cuantas casas de adobe blancuzco regadas sin orden en el llano; mestizos y yaquis vendiendo naderías y una casona de madera a orillas de la vía, era la famosa Estación Corral. Tendríamos que permanecer allí por horas antes de que pasara “el rápido” que nos llevaría a Cajeme. Un desorden ruidoso siguió a la parada: mujeres cargando un niño y arrastrando a otro de la mano; hombres bajando bultos y huacales; vendedores gritones de aguas frescas y hatos de burros aparejados esperando la carga. Atravesamos aquella maraña para ir a comer a la casa de Emilio Gámez, originario de Tarachi, que había abierto una tienda de abarrotes en aquella estación. Había sido uno de los primeros que salieran de la sierra y su tesón le había hecho encontrar ya un lugar para establecerse.

No todos los que habíamos bajado en Corral subiríamos al rápido cuyo paso era inminente. Muchos seguirían hacia el norte y muchos más se quedarían para buscar trabajo en la presa del Oviáchic que estaba en construcción muy cerca de allí y cuyo destino era domar al río “más río” del estado y derramar después un sistema vascular de canales de irrigación por el polvoriento y desértico valle.

De nuevo en la vía, pero esta vez la rapidez nos haría llegar a nuestro destino esa misma tarde. Este tren tenía viejos sillones acojinados que me parecieron el más refinado de los lujos. Sus conductores vestían uniforme azul y una gorra elegante que paseaban orgullosos por más de doce carros de pasajeros. Esto era una enormidad que me hizo sentir simpatía por los tres destartados vagones que nos recogieron a las puertas de la sierra.

Dio varias leves curvas antes de enfilarse derecho a la llanura. Cuando miramos por la ventana del poniente se nos resbaló la vista hasta el horizonte.

Y aquello no me cupo en la imaginación: un mundo entero sin montañas, una lejanía sin fin cubierta sólo por chaparral espinoso, y un cielo amarillo y sin contornos. Sobre todo, ese cielo, ¡cómo había cielo! La mayor parte de lo que se veía era cielo y por abajo se le pegaba una extensión interminable, lisa, para confundirse ambas en la lejanía. Horas más tarde vería el primer crepúsculo de esas tierras y quedaría inmerso en una cascada de cobres.

Cajeme

— **C**ajeme, Cajeme —empezaron a murmurar por todas partes antes de que el conductor lo anunciara. Yo forzaba la vista sin poder distinguir nada, hasta que empecé a notar dos vías y un alto terraplén que partía en dos un grupo de casas de techos planos de tierra. A un lado se iban aproximando unas largas hileras de grandes construcciones con altos techos de lámina, y luego, edificios cuadrados con enormes ventanas de vidrio que llegaban hasta el suelo. Más adelante, casas pintadas con azules intensos y tejados rojizos con jardines y árboles recortados en bola. Al otro lado de la vía, hileras de casas bajas divididas por anchísimas calles de tierra se extendían hasta extinguirse en el llano. Era como si hubieran puesto varios pueblos juntos en uno grande. Supe luego que aquello era el Plano Oriente y que allí vivían los pobres. Pronto llegamos a unas casonas grandes donde había mucha gente y, abajo, estacionadas en fila, un grupo de máquinas amarillas y azules. Cuando vi que se movían y salían con gran rapidez en todas direcciones, encontré de pronto la respuesta. Entonces, ¿esos eran los automóviles? Me quedé asombrado viendo que se movían por sí mismos y me encantaron sus formas y colores. Qué bellos eran, y qué ágiles. No pude separar la mirada de ellos hasta que el último encontrón en los vagones paró por completo el tren. Tanto se me había fijado la atención en los autos, que el tumulto de la llegada me pasó inadvertido. Cuando volví en mí, mi padre pedía ayuda para cargar los bultos. Entusiasmado acudí al llamado y pronto nos vimos adentro de una de aquellas extrañas maravillas. Yo iba extasiado y no me di cuenta de que se abría paso entre el lodo de las calles del Plano Oriente y, demasiado pronto para mí, llegábamos a una casita de adobe donde pararíamos mientras llegaba el día de irnos a fundar un pueblo en medio del intrincado chaparral del interior del valle.

Al día siguiente salí a conocer aquel nuevo mundo, buscando alguna gracia en aquellas calles anchas y rectas que la lluvia del día anterior había convertido en un atolladero de lodo líquido y resbaloso. Empecé a preguntarme si no había podido ser todo un gran equívoco. Luego, ¿esto era la ciudad? ¿Esto era el rico Cajeme? Fuera de los automóviles no había visto nada más que estuviera a la altura de mis expectativas. Este llano cubierto de casas y este lodazal no podía ser el lugar del que tanto se hablaba. ¿Qué era lo que nos había traído aquí entonces? A nosotros que habíamos cruzado toda una sucesión de cordilleras, ¿qué nos empujó hacia esto?, ¿y a todos los demás, que por decenas estaban bajando de la sierra? No era posible que no supieran lo que les esperaba. Me estuve acosando con estas preguntas por algún tiempo hasta que llegó la noticia de que pronto nos iríamos al interior del valle a fundar un pueblo nuevo.

Mientras tanto, todos los días oía hablar del centro de la ciudad y me la pasaba en acecho de una oportunidad para ir a conocerlo. Y un día lo logré.

Me costó más trabajo todavía aceptar que allí nada había que se pareciera a las fantasías que yo me había hecho sobre la ciudad. Me había inventado un montón de maravillas y éstas habían empezado a confirmarse cuando vi los automóviles, pero lo demás ni siquiera por asomo respondía a lo imaginado. Era una ciudad chata, con edificios cuadrados que parecían cajones volteados boca abajo y

avanzados de manera provisional, como trampas de pájaros. Cuadros grandes que albergaban tiendas de un tamaño que me pareció descomunal. Vidrios de aparadores que exhibían máquinas agrícolas que me parecían el colmo de la complicación y que, sin embargo, tenían nombres familiares como arados, trilladoras y sembradoras, aunque era imposible asociarlas con esas actividades que siempre relacioné con las yuntas y los hombres. Las calles eran todavía más anchas que las del Plano Oriente y por ellas podía verse de un lado al otro de la ciudad. Era definitivamente una población que desde en medio del llano desafiaba los elementos de una costa caliente y no domeñada todavía. Un inmenso cajón invertido, hecho de cemento con pilares desnudos por dentro, servía de mercado. Estaba repleto de una variedad de productos agrícolas para mí desconocida. Y por primera vez escuché la palabra parcela y la palabra irrigación, que después serían las más importantes de nuestro lenguaje. Ese día conocí también los camiones de carga y, por primera vez, me fabriqué uno con trozos de madera al regresar a casa.

Me explicaron luego que otras ciudades tenían bonitos edificios de cantera y de piedra trabajada y muchas cosas bonitas que Cajeme no tenía todavía porque era ciudad nueva y que más tarde también tendría calles pavimentadas donde no habría lodo nunca, por más que lloviera. Eso me tenía sin cuidado porque yo no sabía lo que era el pavimento, pero lo que sí me parecía extraño era lo del lodo.

¿Cómo era posible que no se hiciera lodo con la lluvia? ¿Todo encementado como el piso de las tiendas? Eso era demasiado. Por eso, años más tarde, cuando se pavimentó la primera calle de lo que entonces se llamaría Ciudad Obregón, todos vinimos del pueblo para contemplar tal hazaña y ver cómo los carros se deslizaban serenito sobre aquella capa tersa y anchurosa.

Aquella ciudad parecía haber sido hecha sobre una enorme mesa de cocina donde no cabía ningún obstáculo que desviara sus rayas, ni vueltas, ni dudas sobre la intención lineal. Más parecía un implante provisional para una bonanza pasajera como la de los minerales, que el centro de un emporio agrícola permanente.

Mientras llegaba la colonización del valle, los menores empezamos a ser reunidos bajo un galerón de lámina y puestos al cuidado de un joven maestro recién habilitado que nos explicó que la primera gran repartición de tierras había sido hecha en el valle hacía pocos años y que un gran canal traía las aguas desde la lejana presa de la Angostura, situada en el norte del estado en medio de la sierra. Dijo también que las mejores tierras se las habían dado a las familias del valle, a los funcionarios del gobierno y a unos cuantos ingenieros, y que las más lejanas y enmontadas eran para los colonos; que por eso había que fundar un pueblo en medio valle y mandar a los recién llegados para allá. Ésos seríamos los que desafiaríamos el intrincado espinero; los que andaríamos descalzos sobre una tierra ardiente entre serpientes venenosas y alimañas incontables; los que quemaríamos amontonamientos de cactus al rayo de un sol de cincuenta grados. Tendríamos, por años, que alimentarnos con iguanas y tomar líquido de cactus, atormentados por la sed. Seríamos pasto de millones de persistentes mosquitos y tragariamos toneladas de aquel polvo penetrante, caliente como rescoldo y blanco como un montón de harina donde se hundirían nuestros pies descalzos. El maestro lo había sufrido ya, y no quería que los que iban para allá, por más jóvenes que fueran, se engañaran con los relatos de los mayores que, atraídos por la posibilidad de conseguir un pedazo de tierra, se matarían trabajando por largos años compitiendo con las alimañas por un refugio sombreado.

Pero a eso habíamos venido y no había retorno posible. Mi padre enfrentó la situación con su decisión irrevocable y se lanzó desafiante ante aquella vida y un día regresó blanco de polvo y transido de cansancio a anunciarnos que la choza estaba construida en el pueblo recién fundado en medio del espeso monte desértico, donde ya habían sido distribuidas las primeras parcelas a los que habían trabajado en la construcción de la presa de la Angostura.

No dijo más, vencido por la fatiga se derrumbó hasta el día siguiente cuando llegó el decrepito camión de la sociedad agrícola a recogerlos. Y cupo todo en la mitad del camión. Yo me acomodé encima de un montón de colchas y tarimas para ir viendo el camino y para curiosar la ciudad mientras salíamos. Este pueblo grande tenía además unos impresionantes edificios ciegos donde se almacenaba el arroz que empezaba a crecer en grandes cantidades en la parte desmontada de las parcelas. El maestro nos había dicho que éstas tenían que inundarse por un tiempo y entonces el agua se calentaba con el sol produciendo un vapor que hacía doble el calor para los regadores que, pala en mano, pasaban el líquido de melga en melga hasta que el arroz maduraba. “Rayos quemantes por arriba; vapor de vaho caliente por abajo”, nos había confirmado.

El camión se internó en una brecha recta abierta como tajo en el monte tupido de mezquites, cactus y pitahayas. El paso de los camiones había formado una espesa capa de polvo ardiente en la que se hundían las llantas provocando polvaredas visibles a kilómetros como nubes blanquísimas que se colaban hasta el fondo de los pulmones. Tal vez lo más terrible de aquel polvo era su calor, que podía sentirse penetrar en los pulmones mientras el aire llameante y el sol nos acosaban por fuera. Esto era algo nunca imaginado por los blandos sierreños acostumbrados a los climas frescos de las montañas. Jamás sospechamos que pudiera existir un calor así en ninguna parte. Luego nos dijeron que aquello no era sino un avance de un verano que todavía no entraba y que duraría más de medio año. Antes vendrían los vientos de junio, con sus implacables tormentas de polvo que podrían verse horas antes cubriendo el cielo poco a poco, hasta llegar con toda su violencia caliente y obligarnos a pasar horas de encierro sofocante en las chozas o dentro de los camiones.

Nunca imaginamos que aquello nos esperara y horas después pasábamos un canal que marcaba los límites del pedazo de monte que había sido destinado para el pueblo. Llegamos ya de tarde cuando el sol daba un poco de descanso y penetramos con gran dificultad por brechas a medio desmontar hasta llegar a una choza perdida entre el chaparral que sería nuestro hogar definitivo. Tenía un cuartito hecho de una mezcla de lodo y pitahaya seca, otro de adobe y uno más grande de madera donde mi padre había fabricado un toscos mostrador de tablas sin cepillar y unos estantes donde había colocado unas latas y algunos víveres. Me alegré al ver que él no había abandonado su viejo sueño de parar de nuevo una tienda de abarrotes como aquella que había tenido en la sierra antes de la caída del mineral. Pero también me pregunté a quién podría vender mercancía allí donde sólo se adivinaban tres chozas perdidas en el monte. Más adelante iría descubriendo poco a poco más viviendas y nuevos colonos irían llegando a establecerse. Por lo pronto tendríamos una fuente de sustento y el luchador indomable de mi padre podría complementarse con otros trabajos para la subsistencia de su creciente familia. Ese mismo mes nació nuestro sexto hermano y muchos más vendrían más tarde.

Mi padre no dejaba de sorprenderme: ¿Qué apremiante necesidad lo había lanzado a esta terrible aventura sin contar siquiera con la mínima seguridad de encontrar una manera de sobrevivir? ¿Qué carencias podían ser más grandes que éstas y qué incertidumbre peor que la de este valle terrible? ¿Cómo enfrentar esta cruel naturaleza que se negaba con toda la fuerza de sus elementos a dar al hombre el más mínimo cuartel en su lucha? ¡Cuánto valor se necesitaba y cuánta miseria! Y es que él tenía mucho de ambos: una pobreza ancestral empujaba desde atrás; un sueño dorado de poseer un pedazo de tierra jalaba de adelante y un corazón valeroso bombeaba desde adentro.

Él sólo tenía veintiocho años entonces.

Un páramo desértico

Estaba claro que no habría paso atrás y que había que enfrentarse con aquella inclemencia con toda decisión. Esto lo entendieron los colonizadores desde el principio y no hubo la menor queja entre aquellos hombres de nervios duros y almas blandas. La mayor parte había llegado como colonos dotados ya de una parcela y se habían organizado en sociedades agrícolas a las que habían dado el nombre de sus lugares de origen en un melancólico homenaje a sus lejanos pueblos. Estas sociedades les habían permitido comprar a crédito un camión de carga y un tractor por cada treinta socios y con eso se lanzarían a iniciar el desmonte de las parcelas teniendo como único equipo las hachas y los talachos.

Y lo que siguió fue un enfrentamiento mortal. Aquello no era sino un páramo desértico salpicado de chaparral espinoso que consumía hombres y bestias de carga sin piedad. Cada hectárea exigía tres meses de trabajo empecinado porque había que arrancar los mezquites desde la raíz y tumbar las pitahayas echándose a correr después de cada hachazo para no ser alcanzados por las espinas que saltaban como avispa al impacto. La intrincada maraña de cactus de todas las especies imaginables se prendía en sus ropas rasgadas para hundirse en sus carnes escasas. ¡Cuántas veces nuestras azoradas infancias presenciaron aquellas estampidas de apuro para auxiliar a quien había sido mordido por una cascabel! Parecía que todos los reptiles de veneno habían elegido el valle para reproducirse y no hubo alimaña ponzoñosa que no quisiera competir con las demás en su guerra defensiva contra el hombre.

Yo los veía llegar a la tienda para llevar su arroba de harina y su bolsita de café para una semana y pensaba que era una suerte que mi padre no era colono de los dotados de tierra y no tendría que verlo con los ojos desorbitados, la boca reseca y los labios partidos, o retorciéndose de dolor durante las extracciones de las espinas con punta de gancho. Él no será uno de los “espinados” ni de los “picados”, pensaba yo, y no sabía que ése era precisamente su objetivo y que nada de eso le importaría cuando estuviera desmontando su propia parcela.

La casa más próxima se encontraba a medio kilómetro y camino al canal de donde debíamos acarrear agua todos los días en una palanca de la que colgaban dos botes de veinte litros y que nos tenía los hombros llagados. Más tarde haríamos una pequeña carreta en la que podían traerse cuatro grandes latas. En esa casa vivían los Rascón, parientes nuestros, que además serían los primeros amigos que encontraríamos entre aquel mar de cactus. Ellos habían llegado primero que nosotros y fue una fortuna poder contar con compañeros de juego que luego nos enseñaron a fabricar tractores de pitahaya y jaulas para atrapar perdices y pericos. Tendríamos también, desde entonces, con quien compartir las correrías por el monte y con quien empezar nuestra instrucción primaria. Más tarde aprenderíamos juntos a leer bajo un mezquite ralo, sobre troncos calcinados, y gracias a la inquebrantable decisión de la maestra Consuelo que hacía esfuerzos heroicos por alfabetizar a los pequeños rapaces de la aldea.

Los desmontadores seguían tercos en su ruda tarea y cuando el crédito se les acababa tenían que alternar su trabajo y entrarle al desazolve de canales para poder ganar unos cuantos jornales que les permitieran seguir en el empeño de limpiar sus tierras. Este trabajo debía hacerse con el lodo a las rodillas para sacar palada por palada el azolve, y completar el tramo que les era fijado para cada día. Era común verlos en las tardes, todavía encorvados por la posición del día, extender sus lonas para dormir y caer rendidos para amanecer abotagados por las picaduras de implacables oleadas de mosquitos. Platicaban de caballos que, habiendo quedado heridos a la orilla de un canal, perecían en una sola noche succionados por millones de aquellas pequeñas agujas aladas.

El desmonte continuaba y las grandes quemazones de los amontonamientos empezaron a calentar más el clima. Los cactus y las pitahayas que no se quemaban por estar todavía verdes, eran apilados en largos montones que serían quemados al año siguiente. A esto y al destronque se le llamaba relimpia y tenía que hacerse con la ayuda de tiros de mulas. Luego entraría el tractor y aflojaría la tierra reseca por primera vez y al año siguiente habría parcelas sembradas de arroz y la primera cosecha daría a la cara de los colonos una expresión iluminada.

La lucha por la tierra

— **H**oy hicimos la solicitud —dijo exaltado mi padre al llegar esa tarde—. Ya elegimos la comisión que va a ir a la capital a empezar los trámites. El representante del Agrario nos dio su firma y todos cooperarán para el viaje. ¡Esta vez sí hay esperanzas, vieja! ¡Ahora sí se viene de veras!

Hasta entonces me di cuenta para qué había formado mi padre aquel grupito de hombres que se reunían, dos veces a la semana, debajo del gran mezquite del patio. Siempre pensé que se juntaban para jugar baraja o para platicar simplemente y no me había enterado de que su naturaleza de luchador innato y su terca esperanza lo habían llevado a convencer uno por uno a este grupo de desheredados, hasta crear un núcleo formal de aspirantes a un pedazo de desierto.

—Trái esa idea clavada en la cabeza desde hace mucho y no ha habido poder humano que se la saque —dijo mi madre, con una expresión de alegría en el rostro y ocultamente orgullosa de lo que él había logrado. Aquel puñado de luchadores ennegrecidos por el sol, que más parecían interrogaciones andantes, lo habían elegido como su “socio delegado”, aunque él sabía que sólo sería socio de algo tan vago como una esperanza.

La enfermedad de una de nuestras hermanas pequeñas no permitió que él encabezara la comisión que partía con un rollito de papeles donde todos habían estampado sus nombres o sus huellas digitales. Y partió aquel grupo enfundado en chamarras de mezclilla recién lavada y cargando la mirada de ansiedad de todos sobre sus espaldas. Iban hacia una lejanía inconcebible. Tendrían que viajar dos mil kilómetros cruzando una costa de once ríos, un trópico lujurioso, tres cadenas de montañas y una alta planicie extendida. Todo sobre un tren que avanzaría por días en vez de por horas. Penarían en un vagón de segunda sobre duras bancas de madera pelada hasta llegar a la capital; “a la gran repartidora de injusticias que desde allá esparce desigualdad por todo este inmenso país”, nos dijo la maestra Consuelo muy pensativa, y nosotros nos miramos unos a otros.

—¡Carta de los de México! —gritaba alguno de los del grupo cuando llegaban noticias de los remotos gestores y todos se reunían a leer ansiosos.

—¿Qué hay?

—Pos nada, es que no sé ler.

—Anda pásasela al Álvaro Díaz, pronto.

—¿Qué pasa, Álvaro, qué dicen?

—Pues, carajo, que los pobres se quedaron ya sin dinero y piden ayuda, tendremos que juntar otra vez algo que mandarles.

—Pero, y... lo de las tierras, ¿hay nuevas?

—Pues, que por fin les recibieron la solicitud, pero que les dijeron que tienen que esperar todavía más porque la van a estudiar.

–¿Pero nos irán a hacer caso?

–No sé hombre, nadie sabe, esas son cosas que se resuelven allá en lo alto y además hay muchos grupos solicitando.

Y volvían a enviar un dinero arrancado de su escasez. Pasaban entre sí la lista de la esperanza y mi padre tenía que luchar de nuevo para que no perdieran la fe.

–Te invito a comer tortillas rellenas de fe, Juvencio –decían algunos desanimados, y él tenía que infundir la unidad siendo siempre el primero en afrontar sacrificios.

Otra carta y más noticias sobre una espera sin fin, sobre más dinero que había que enviar porque “hay que dar mordida para todo: al de la oficialía de partes que exige mordida para sellar la solicitud; al que la pasa a la siguiente mesa; al que la pone en el escritorio del jefe de sección; al que esto y al que el otro. ¡Ah, y si no, la pondrán debajo de las demás solicitudes y nunca llegará a firma para que se inicie el estudio! El jefe de la mesa también exige mordida para pasarla a selección y para ponerle el sello de revisada. Y luego el director de sección, y de éste para arriba empiezan a los que hay que darles de a de veras, porque no se van a conformar con unos cuantos centavos como los de abajo ... y así sigue el ‘vénganse el lunes’, ‘déense una vuelta la otra semana’, ‘vénganse el mes entrante, porque el jefe no va a firmar hasta que pasen las fiestas patrias porque tiene que asistir a varios actos cívicos de mucha importancia donde se rendirá homenaje a los postulados de nuestra revolución””, terminaba la carta.

Y un mal día, atosigados por el hambre y por la soledad, volvieron con el alma enrollada en telarañas y la paciencia carcomida por una espera capaz de producir rabia. Casi no podían dar la cara al grupo para no tener que transmitir la desolación y la desesperanza. Pero tuvieron que reunirse y compartir su amargura.

–¿ Y qué vamos a hacer ahora? –dijo Filomeno Ocaña.

–Pos seguir como estamos –contestó José Tapia–, siempre jodidos.

Una decisión hecha

P

ero su determinación era de las irrevocables y pedía lo mismo de los demás, aunque se impacientara con algunos. Muchos desertaron del grupo y entonces a él se le ocurrió reunir varios grupos y hacer una solicitud conjunta.

Fue así como la Colonia Magnus inició una existencia teórica dividida en seis sociedades de agricultores sin tierras. “La podredumbre burocrática les reservaba todavía siete años más de frustraciones y de sacrificios sin nombre”, relataría el maestro Egurrola mucho después.

Pero el ánimo se había levantado de nuevo y esta vez empujarían con más energía a las autoridades agrarias locales.

–Que se esperen a que esté terminada la presa del Oviáchic –les respondieron, y muchos tuvieron que irse a esa construcción para conseguir trabajo, mientras que los más tercios se quedarían en la Colonia Irrigación, sudando su miseria en los desmontes y azolvando su ánimo en una frustración desesperanzada.

Pero una cortina de cien metros de alto y más de un kilómetro de largo, que formaría un lago artificial que se iba a extender a una distancia que iría más allá del alcance de la vista, no se construía en un año, ni en dos. Mi padre lo sabía y decidió que debía continuar la lucha para que las esperanzas fueran creciendo junto con la presa. Era una ilusión lateral y paralela que nada aseguraba, pero él tuvo la terquedad suficiente como para convencer al grupo de que había que seguir insistiendo, sin aflojar ni un momento. Fue por eso que se reorganizaron las nuevas comisiones para ir a la centrocapital y que persistieron en su intento con la tenacidad de quien se juega la vida en la derrota.

Para entonces, los antiguos colonos ya habían limpiado sus tierras y habían producido las primeras cosechas. El pueblo contaba ya con manchones desmontados donde se planeaba construir una escuela y arreglar un campo deportivo. Los arrozales empezaban a llenar las bodegas de Cajeme y grandes apilamientos de paja proliferaban por las parcelas como enormes monumentos redondos y blandos hechos en honor al trabajo y en favor de nuestros juegos.

El desmonte del pueblo había quedado relegado como si las fuerzas se hubieran agotado en asegurar la supervivencia desmontando sólo lo que iba a sembrarse. Por eso aquello era un tupido chaparral salpicado de chozas. Las noches de verano eran un interminable manoteo contra los mosquitos que acompañaban su persistencia con un zumbidito lánguido e intermitente. Pero las noches de octubre eran una invitación enlunada y entonces todos se sentaban bajo las ramadas a platicar y a escuchar los ruidos que poblaban la oscuridad. Los tecolotes dialogaban entre sí con su llamado de barítonos nocturnos. Nosotros hacíamos apuestas sobre cuáles de aquellos innumerables llamados serían humanos, ya que se decía que los brujos yaquis y mayos andaban de noche por el monte comunicándose con ese mismo graznido. Habíamos oído de un brujo muy viejo que solía platicar con los animales y que tenía una serpiente que lo seguía por todas partes. Lo habían oído hablarle con

cariño y habían visto cómo le obedecía mansamente. Contaban que una vez se internó en la soledad del espeso pitahayal por varios días y no regresó hasta que trajo tras de él, como un manso cordero, a un enorme toro salvaje escapado de los corrales del rancho de Basiabampo que no habían podido lazar los más afamados vaqueros de la región. Entre los cerros negruzcos y lejanos que se divisaban hacia el rumbo de Álamos, tenía una cueva de la que se contaban cosas extrañas. Los que se habían atrevido a acercarse a la entrada, habían oído el tropel de una manada de potros en estampida. Moroyoqui había tenido el valor de no echarse a correr sino de untarse a la pared de la cueva con la intención de ver pasar aquello. Entonces pudo oír cómo el tropel se acercaba hasta pasar invisible frente a él y perderse en la llanura seca sin dejar el menor rastro ni levantar el más leve polvo. Entonces, espantado, emprendió la carrera sólo para ser arrollado por una segunda multitud de pezuñas etéreas. Decían que había quedado vivo, pero que desde entonces se le oían ruidos en la cabeza y que tenía que dormir de día porque de noche le perturbaban las conversaciones de los coyotes. Esto último me parecía más posible porque el monte hervía de esos animales que merodeaban en grandes manadas y armaban algarabías nocturnas con sus lastimeros aullidos colectivos.

Pero el recuerdo anhelante de la sierra encontraba siempre su camino a nuestras mentes y era en esas noches que el imán irresistible de la montaña nos arrastraba hacia un pasado de cordillera ondulante, de encinar cimbreador y de pinar oloroso. Entonces dejábamos escapar la imaginación y los aullidos de los coyotes se convertían en los de los lobos amenazantes de la sierra y traían tras de sí el rastro evocador de aquellas manadas que asolaban los corrales durante las noches nevadas. Supe así que mi tío Roberto había pasado una angustiada noche en vela arriba de un encino rodeado por una jauría de feroces atacantes que no cesaron en su asedio hasta que hubieron devorado su caballo y destrozado su perro. Eran las fieras más temidas de la sierra por tener fama de ser las únicas que mataban por matar; los enemigos implacables de los ranchos boscosos que sólo podían ser resistidos por los caballos briosos y los toros grandes enarcados en círculo defensivo alrededor de los corrales repletos de becerros.

Estos escapes imaginarios llegaron a ser nuestro único placer en aquel valle de realidades duras e inmediatas. Eran como “remansos de pasado para los que nunca pensaron que amaban tanto la sierra”, comentaba seguido mi madre.

Mientras tanto, aquella realidad con su contundente presencia nos obligaba a rentablar la lucha para sobrevivir. Mi padre había reanudado su batallar con el grupo y nuevas comisiones iban y venían consumiendo los ínfimos recursos de los ungidos al trabajo. El chaparral sediento se salpicaba más de chozas y un extraño pueblo de anchas brechas iba tomando forma. Por entre el mezquital podía distinguirse ya la estructura blanca y alargada de una escuela rural y un nuevo elemento vino a distraer las noches de brujos y búhos: había llegado: el cine.

Una tarde dorada, cuando el llano estaba todo bañado de horizonte, se oyó entre los mezquites el desconocido ruido de un magnavoz. El llamado se esparció por todo el caserío convirtiendo un rumor antiguo en realidad. Una estructura de madera delgada sosteniendo una endeble pared de petates rígidos y gruesos; una empalizada tensa soportando una caseta de madera donde se distinguían dos pequeñas ventanas y enfrente una gran sábana blanca jalada por cuatro cuerdas en sus esquinas, era el nuevo portento que ocuparía desde entonces las noches del pueblo. No hubo padre de familia esa tarde que no recibiera la demanda suplicante de sus hijos por un peso para entrar a la primera función de aquella novedad sobrecogedora. Apenas encendieron el gran foco de la entrada, una nube de insectos se apoderó de la luz. Un viejo motor de ruido cavernoso, como pulmón de minero, prometía ya la nueva maravilla, mientras que la multitud arremolinada en el llano permanecía expectante. Llegó el gran momento y el zumbido discontinuo del proyector comenzó a lanzar las primeras imágenes a la sábana. Varias escenas desfilaron rápidas y luminosas por unos minutos antes de que el ruido discontinuo se

parara y el zumbido cavernoso empezara de nuevo. Se volvió a prender el gran foco y todos nos miramos desconcertados. El sonido no había acompañado a la imagen y había que empezar de nuevo. Entonces pregunté intrigado ¿cuál sonido?

—¿Cómo que cuál sonido?, pues el de las voces, menso —me dijo Martín—. El de las voces de los que se ven en la pantalla. ¿A poco no sabes que hablan? —repitió.

—Igual que habla tu abuela que es muda, pendejo —le contesté ofendido por la burla de querer hacerme creer tal cosa.

Un grito silvestre nos sacó del pleito y la imagen de Tarzán se deslizó furtiva por entre animales salvajes y lianas aéreas. Y luego habló y los negros le contestaron y el pleito entre Martín y yo se acabó haciéndonos para siempre admiradores y émulos de aquel héroe selvático.

Aquella caravana de películas raídas regresaría cada temporada de cosecha y se convertiría en el símbolo de la diversión y en un proveedor ambulante de imágenes y fantasías; ciudades lejanas llenas de autos y movimiento; aventuras de héroes piratescos; magueyes puntiagudos dibujándose contra el cielo al lado de una silueta de charro que se deslizaba por un horizonte dramático. Allí empezaron nuestros primeros “yo quisiera ser como...” y nuestras tiernas personalidades comenzaron a recibir la superimposición de las personalidades ajenas. Allí empezaron a deslindarse los Pedros Armendáriz, los Jorges Negretes, los Tarzanes y los vaqueros solitarios de unas llanuras muy parecidas a las nuestras. Después de algún tiempo, aprendí a distinguir sólo con mirarlos quién era un “Pedro” o un “Jorge” o un “Garicuper” o un “Gregoripé”. Nuestros juegos empezaron entonces a convertirse en bandos de charros y vaqueros y empezamos a relegar los carritos de pitahaya, las construcciones de ramas y las trampas de codornices en el monte.

Un año más tarde, celebrábamos la noticia de la inauguración de un cine permanente en el pueblo: una impresionante estructura de petate y madera, que rivalizaba con el tamaño de la escuela, se había levantado entre los mezquites.

Cosas más grandes pasarían todavía, y un día memorable llegaron en procesión cuatro enormes carros pintarrajeados, levantando nubes de polvo y de admiración por las anchas brechas del pueblo: ¡Era un circo, un circo, un circo!...

—¿Y qué es un circo? —pregunté.

Y me explicaron que era un cargamento de maravillas y que además de enanos, conoceríamos “en persona” las fieras que habíamos visto en el cine.

Pero aquellos flacos cirqueros no lograron provocar sino lástima y problemas. Una de las más infortunadas de todas sus noches infortunadas de debut, una famélica leona escapó de su jaula en plena función y el tropel que ocasionó hizo que las bailantes galerías se vinieran abajo, repletas de gente. El pobre animal salió despavorido por el griterío y se perdió en la oscuridad de las calles. Lograron apresarla de nuevo cuando se arrinconaba, ya exhausta, en el tinaco vacío que iba a servir de depósito de agua para la escuela. El día siguiente no hubo nadie que no contara haber sido atacado o habersele enfrentado valerosamente. De modo que el atribulado comisario tuvo que desalojar del pueblo aquella triste caravana de cirqueros. Por más de seis meses no se habló de otra cosa, de tal manera que la leona aparecía en todo tipo de situaciones para convertirse finalmente en la primera fuente de chistes originarios del pueblo.

Aquel caserío desperdigado y sediento fue siempre fatal para los circos. Por eso, desde entonces, se me instaló muy adentro una escondida lástima por ellos.

Lentamente el desmonte se iba abriendo paso y las brechas se empezaban a convertir en anchas y desiertas calles que daban una impresión de vacío porque las casas habían emergido de los matorrales a

más de cien metros unas de otras. El llano se hizo así más desolado porque el suelo blanquecino, sin vegetación, empezó a reflejar un sol que ahora nos torturaba desde arriba y desde abajo y producía unas polvaredas enfiladas como si el viento hubiera estado esperando paso para desatarse. Desde entonces, los techos empezaron a volar arrancados de cuajo por los ventarrones. Cuando esto pasaba, se hacía el recuento de los que habían quedado a la intemperie y todos se prestaban para ayudarlos a cubrirse de nuevo antes de que el sol les calcinara hasta el ánimo. Por eso algunos se proveían de contrapesos que colgaban por dentro de sus casas. Pero los desprevenidos tenían que colgarse ellos mismos, agarrados de las frágiles vigas, aguantando los embates del viento hasta que su furia amainaba. Una vez, un apurado colono, viendo que el techo se levantaba, saltó, se agarró de una viga y al ver que el viento lo levantaba con todo y techo y que las mujeres se arrinconaban gimiendo, al borde de la desesperación empezó a gritarles: “¡Recen, cabronas, recen!”, mientras el viento lo volteaba todo sobre los débiles muros de rama y lodo de su casa. Después se quejó de que ni los rezos ni las maldiciones ayudan mucho en esos casos.

Así los vientos y el sol convirtieron aquel chaparral seco salpicado de chozas, en un llano blanquecino y calcinado donde reverberaba un calor demencial. Esto hizo que la comunidad se uniera para comprar una vieja pipa que repartiría el agua liberándonos de la terrible tarea de traerla desde el canal de riego con aquellas palancas de palo, que nos tenía llenos de costras los hombros. Esto permitió que llegáramos a la escuela menos cansados y que empezáramos a tomarle sentido a los heroicos esfuerzos que hacía el profesor Egurrola por enseñarnos algo. Pero el regreso a mediodía a nuestras casas, por aquellas candentes anchuras, era una hazaña de fuego.

El polvo removido por el paso de los camiones de carga se había convertido en una especie de harina suave y blanquecina que un sol planetario convertía en rescoldo de infierno. Los zapatos eran lujo de días de fiesta y, además, nadie los soportaba, así que corríamos de mezquite en mezquite ardiéndonos las plantas y haciendo descansos en sus ralas sombras. La más pequeña de las sombras era disputada por varios pares de piecitos que chamuscándose buscaban desesperados una pausa en aquel implacable cenizal terrestre. Debió ser por eso que ningún alumno de ninguna escuela primaria de todo el país tuvo nunca más simpatía que nosotros por el noble Cuauhtémoc. La enseñanza se nos volvió indignación el día en que llegamos a esa página de la historia, e hizo del joven príncipe azteca de los pies quemados nuestro más querido héroe.

Fue por esos tiempos cuando empezaron a llegar los tractores. Cada sociedad agrícola había conseguido el crédito para uno, y siete monstruos rugientes empezaron a pasar majestuosos y lentos rumbo a las parcelas. Luego vinieron las trilladoras y los rebiates que podían con una carga doble de costales de arroz. Un ejército de “no agricultores” los seguiría y, por primera vez, conoceríamos a hombres que vivían de otra cosa que no fuera la tierra. A todos les molestaba este nuevo tipo de trabajadores sin pala que se ganaban un salario en la sombra. Unos eran mecánicos, otros tractoristas o maquinistas que abrían la era de la agricultura mecanizada de nuestra comunidad y otros simples burócratas del Agrario. Pasó mucho tiempo antes de que los azorados agricultores dejaran de considerar indigno ese trabajo.

Y entonces, empezaron a llegar otros, que ni labraban la tierra ni componían tractores. Eran los comerciantes ambulatorios que llegaban dos días a la semana a abrir sus toldos bajo el sol y a correr y a descorrer las cortinas de madera de sus extraños camionestienda. Los días sábados se empezaron a convertir así en una pesadilla de magnavoces encontrados que gritaban a rabiarse vendiendo inutilidades de todo tipo. Y luego llegaron los más odiosos de todos. Eran unas camionetas cerradas con potentes magnavoces situados encima del techo y apuntados en cuatro direcciones hacia donde lanzaban, a todo volumen, una propaganda gritona de medicinas capaces de curarlo todo. Nombraban padecimientos y

síntomas por horas, para ofrecer luego su maravilloso frasco de panacea, cambiándose de calle cada cuanto tiempo, hasta asegurarse de que no habían dejado un oído sano ni un odio sin remover.

Pero los comerciantes se establecieron haciendo de su actividad un oficio estable, mientras que los ambulantes feridos fueron desapareciendo como esparcidos por la polvareda.

Pero faltaban todavía muchos y el pueblo los vería llegar, uno a uno, como fases inevitables de su crecimiento o como males adheridos a su progreso. Así que pronto aparecieron unos raros tipos de ferias que se plantaban de la noche a la mañana, en medio del llano, a gritar invitando a todo el mundo a participar en una gran variedad de juegos que iban desde cazar rinocerontes fugaces con un rifle de lámina oxidada, hasta ensartar con un aro gatos monteses de yeso o pasearse en las sillas volantes y estrujadoras de entresijos.

Pero el más entretenido era aquel juego que consistía en repartir tarjetitas que tenían impresas nueve figuras de colores en líneas de a tres. Luego el conductor del juego iba sacando una a una las barajas que tenían las mismas figuras anunciándolas a gritos para que cada uno fuera poniendo un grano de frijol en cada figura de su tarjeta que iba saliendo. De pronto, el primero en completar su tarjeta gritaba exaltado: ¡Aquí con ella!, y automáticamente todos los demás exclamaban: ¡Putá madre!

Como no sabíamos todavía el nombre del juego, por estar vedado para los niños, optamos por llamarle “el juego de la puta madre”.

Estas ferias arrastraban tras de sí una cauda de haraganes que no hacían sino trampear a los descuidados y embolsarse lo que pescaran mal puesto. Fue así como ocurrieron los primeros robos en un pueblo que todavía no tenía ladrones, y causaron tal indignación que el comisario se vio obligado a prohibir las paradas de aquellas ferias en el llano. Pero muy pronto tuvimos nuestros propios haraganes, que en lugar de atender sus parcelas se pasaban el día metidos en unos enormes galerones de petate en los que se habían instalado los billares rodeados de mesitas de lámina, regaladas por una compañía cervecera, donde jugaban interminables partidos de dominó. Aquellos galerones representaban para mí lo prohibido, lo relegado al desprecio por todos los que labraban la tierra. Por eso atraían mi atención al grado de escurrirme a ellos por los huecos traseros, queriendo descubrir qué hacían los que no se pasaban la vida trabajando como nosotros. Pero la curiosidad se convirtió pronto en desilusión porque encontré que todos eran una recua de aburridos que sólo mataban el tiempo y que no parecían divertirse en absoluto. Su abulia y su falta de interés por la vida me transmitió un sentimiento de depresión desconocido para mí que me hizo sentir lástima por ellos y una rara aversión a los billares que me iba a durar toda la vida. Por eso abandoné pronto mis furtivas visitas a aquellos lugares y regresé jubiloso a mi mundo de canicas y trompos y de amigos, pero ya con un rico vocabulario de majaderías que despertaron en ellos la curiosidad por los billares. Me fue imposible convencerlos de que no valían la pena y los perdí como compañeros de juegos, hasta que uno a uno fueron regresando como emergidos de una telaraña de apatía que les habían echado encima aquellas tardes interminables de mirones, en un mundo que les causó un aburrimiento prematuro y que los lanzó de vuelta a los juegos adolescentes con una especie de ansia por reponer un tiempo robado a su inocencia.

Mientras tanto, el mundo de los mayores se hallaba enfrascado en un nuevo entusiasmo causado por un cultivo que parecía mucho más prometedor que el arroz y que nos libraría de las calenturas tercianas que producía su riego y de las implacables nubes de mosquitos que más parecían un instrumento de tortura. Era el algodón, que llegaba arrasándolo todo con su espejismo de prosperidad y a convertirlos a todos en agricultores compulsivos y angustiados. La tonelada se pagaba a tal precio que ni el doble de arroz podía comparársele, de modo que no hubo nadie que no se dejara arrastrar por aquella bonanza que convirtió al Valle del Yaqui, en cosa de dos años, en el más grande productor de algodón del país. Pero aquel cultivo estaba destinado a ser el rápido generador de nuevas fortunas o de

nuevas ruinas. Fue así como surgieron los primeros ricos del pueblo y como, también, desaparecieron familias enteras.

Este nuevo periodo de prosperidad atrajo la segunda generación de migrantes montañeses.

Y empezaron a bajar repitiendo el éxodo que nosotros habíamos hecho tantos años antes, pero que ahora resultaba menos penoso. Los algodones en flor los recibieron, pero no sospechaban que la pizca que venían buscando sería a la mitad del verano, cuando el sol echaba fuego por arriba y la tierra vapor por abajo. No sabían cuán agresivos podían ser los elementos y no venían física ni mentalmente preparados para ellos. Partía el alma ver cómo caían en los surcos, atacados por un mareo fulminante, con los ojos saltados y vidriosos por la insolación.

Pero antes de la primera pizca, cuando llegaban con la esperanza reflejada en el rostro, traían con ellos la segunda estela de noticias y remembranzas de la sierra. Llegó así la primera migración de tíos. Eran los hermanos de mi padre y aquellos rostros, casi perdidos en la penumbra del tiempo, se hicieron de pronto reales. Y llegaron así los relatos de las noches de octubre, cuando rodeados por nuestras miradas anhelantes nos llevarían en remembranzas aladas a la Sierra Madre; al edén natural que antes de su llegada parecía haber quedado atrás en el tiempo y en el espacio. A la voz de “te acuerdas cuando”, los oídos y la imaginación se abrían como corolas. Fue así como nos devolvieron la memoria a La Carrileña y sus defensas contra las fieras merodeadoras como aquel famoso tigre matavacas que fue encontrado por casualidad por Faustino Rascón y Germán Ocaña cuando habían salido a buscar unas mulas que llevaban tres días perdidas.

Entre los intrincados cerros y lejos del mineral, empezó a reunirse un manchón de nubes negras que poco a poco se fue cerrando hasta cubrir todo el cielo. Ellos andaban a pie y con las reatas en la mano, listas para la captura de las mulas, cuando vieron el aguacero apretado bajar por las faldas del Chomonqui. Supieron, al verlo, que aquel aguacero no era de los que se aguantaban debajo de un árbol y corrieron a buscar refugio entre las rocas de la ladera. Al dar la vuelta de la piedra redonda que daba al desfiladero, se toparon sorprendentemente con la boca de una cueva. Jubilosos entraron corriendo y empezaron a preparar una fogata. El calorcito hogareño del fuego empezaba ya a calentarlos cuando un rugido repentino los dejó paralizados. Se vieron uno al otro en una interrogación suspendida, cuando otro rugido retumbó a pocos metros hacia adentro de la cueva. Presas del pánico salieron despavoridos en medio de la lluvia para llegar, horas después, al mineral, sin aliento y empapados, a dar la noticia. Desde su estatura de niños mis primos vieron cómo pasaban varias piernas apuradas de hombres armados con rifles punta abajo y perros excitados en presurosa persecución hacia la cueva. Una atmósfera cargada de expectación permaneció en el aire durante toda la tarde mientras que, impacientes, las mujeres se quedaban en el caserío por orden perentoria de los hombres.

Hacia la mitad de la espera, se oyó una algarabía a lo lejos y todos se precipitaron afuera de las cabañas para ver lo sucedido. Cerro arriba y con aire victorioso, un grupo de hombres y de perros bajaba en marcha triunfal con un enorme tigre colgando de un palo que cargaban de sus extremos dos orgullosos y fuertes mineros. El animal estuvo expuesto todo el día siguiente para que todos pudieran saciar la curiosidad de mirarlo de cerca o de tocarlo, si se atrevían. Después fue desollado y su cuero permaneció estacado en medio del mineral, hasta que se decidió que quedara en la entrada de la cabaña del comisario como adorno y como advertencia de lo que les esperaba a los matavacas, fueran tigres o fueran hombres.

Luego nos contaron que el mineral se había quedado solo y que un polvo de mina abandonada lo estaba cubriendo. Los tejabanos de tableta ya se habían vuelto plomizos y los troncos, que ensamblados habían hecho de paredes, estaban ahora desplomándose “desde que sintieron que ya nadie regresaría”, dijo el último que salió de allí.

Así, ansiosos de recobrar tanta ausencia, forzábamos la memoria de los recién llegados resistiéndonos a regresar a la realidad cuando terminaban sus relatos con un: “todo sigue como antes, allí siguen los ranchos de los que tienen vaquitas y que no tienen que emigrar como nosotros”.

Mientras tanto, mi padre, que continuaba la lucha sin flaquear un momento, decidió incluirlos a ellos en el grupo. Esta vez parecía haber esperanzas más fundadas y los nuevos socios fueron bien recibidos, ya que los demás no podían solos con los gastos ocasionados por tanta vuelta al agrario y a la centroc capital. Muchos habían perdido ya el ánimo y acusaban a mi padre de haberlos metido en una lucha sin esperanzas y sin fin que les había empobrecido la bolsa y la fe en la justicia humana.

Pero él, en su empeinado entusiasmo, no aceptó nunca la posibilidad del fracaso y sentía pena por los que se retiraban del grupo manteniéndolos registrados por mucho tiempo en espera de su regreso.

Fue por esos tiempos que la nostalgia y la necesidad perentoria de sostener una familia de diez hijos le obligaron a meterse en la deuda de un viejo camión de carga para excursionar por los pueblos de la parte baja de la sierra vendiendo productos del valle. El atávico llamado lo llevó hasta poblados que estaban en el camino a su pueblo y cuyos nombres había oído desde su adolescencia de labios de aquellos que habían hecho las largas travesías en busca de víveres que a Tarachi no llegaban nunca. Pero ahora, desde abajo de la cordillera, estos viajes fueron solamente intentos truncos que sólo le dejaban un saldo de melancolía. Puede ser que entonces haya pasado por su mente la idea furtiva del regreso, sólo para ser rechazada con el furor del que sabe que no hay posible retorno. Puede ser también que estos viajes le dieran un sentido de acercamiento al pasado. Pero lo cierto es que siempre regresaba cabizbajo, atribuyendo su estado de ánimo a lo mal que le iba en la venta de lo que transportaba.

Entonces la emprendía por otro lado. Fue así como una vez fue a parar hasta Jalisco, en una aventura comercial que apenas le dio para pagar la deuda del viejo Dodge que cada vez estaba más ruidoso y menos confiable. Trini lo siguió en esos intentos, pero a él le dio por el desierto y fue a dar hasta Baja California con sus cargamentos de elotes y naranjas. La fatiga le hizo desarrollar una notable habilidad para dormir debajo del camión que yo no pude aprender jamás. Por eso nunca le serví para compañero a pesar de que ya era un hombrecito prematuro de doce años. Aquella dureza no nos permitió ser niños y los meses sin escuela no eran sino una sucesión de tareas de adultos que nos endurecieron antes de tiempo. Era por eso que el regreso a clases era siempre bienvenido y fue tal vez la razón principal de que yo siguiera estudiando para siempre. Esto sería posible gracias a su sentido de sacrificio de hermano mayor y a su innata nobleza.

El descubrimiento del mar

Habíamos estado en aquel valle de resequeadas por largos años y nunca se nos ocurrió que teníamos a 20 kilómetros el mar. Hasta que un abril de semana santa, algún fuereño regó por el pueblo la idea de que en esos días todo mundo debía ir a la playa. Pero para entonces, ya el pueblo contaba con un difusor del miedo: un sacerdote. Desde que llegó empezó a prohibir cosas y muy pronto se encargó de sembrar entre el mujerío el sombrío concepto del pecado. Y mis esperanzas de conocer el mar tuvieron que posponerse por un año más.

Pero los vientos del siguiente marzo trajeron nuevos ánimos y esta vez lo logramos. Varios camiones de redilas pasaban en medio de la polvareda llenos de gente animosa y anhelante, cuando mi pandilla y yo nos dispusimos a pasar el día entero buscando acomodo en alguno de ellos. Hasta que Mariano Carvajal se paró de pronto y dijo: “De a tres por cabeza”, y nosotros aceptamos inmediatamente un precio que jamás pagaríamos porque antes de llegar a la playa nos dejamos ir a los arenales y ni se enteró cuando nos bajamos.

Una muralla de dunas ondulantes de arena finísima y oscura nos recibió. Entre ésta y la llanura se extendía un absoluto desorden de cantinas improvisadas en cuartos de petatón. Una hilera de camiones con lonas colocadas sobre las redilas precedían a los grupos de horcones que retenían frágiles sábanas, colocadas a manera de tiendas de campaña, que luchaban contra el viento. Y sobre todo aquello, imperaba un olor a orines mal absorbidos por la arena humedecida.

—¿Y esto es el mar? —grité, con voz arenosa que me arrebatava de la boca el viento.

—Está al otro lado de los cerros de arena, bruto —respondió Ernesto.

A mí me había parecido que los interminables médanos cubiertos de marismas fantasmales que habíamos pasado en el camino pudieron ser el mar y que, seguramente en ciertas épocas del año, se llenaban de agua dejando, al retirarse, aquella capa blanquecina y delgada de salitre. Los páramos lisos y sin vestigio de vida me habían hecho esperar algo muy diferente. Pero cuando Ernesto me gritó el desafío no soporté la curiosidad y me lancé dunas arriba para perder el aliento en los primeros metros. Entre burlas mutuas subimos por fin aquella muralla dorada de treinta metros de altura por cincuenta de ancho. Y, de pronto, al llegar a la cumbre, me quedé paralizado. Allí enfrente, una inmensidad azul sin límites, una infinita llanura líquida que se movía, se me vino encima. El terror me dejó clavado en la arena y sin aliento. Estuve ahí por algún tiempo, sin atreverme a bajar a la playa. Desde arriba el mar parecía una masa rugiente que podría arrollarlo todo. Los chiflidos y las burlas me hicieron salir del ensimismamiento y lentamente me fui atreviendo a bajar, hasta que poco a poco, aquella masa inmedible fue configurándose en su cauce.

No tocaría el agua ni una sola vez aduciendo unos raros escalofríos que me hacían sentir enfermo.

Y regresé del mar con una rara mezcla de frío y de miedo.

La buena nueva

En aquella llanura no había nada que detuviera el viento y las masas de polvo vagaban libres durante marzos y abriles revolcados. Tiempo propicio para las malas noticias. Todo parecía estar suspendido en un sopor de calor amarillo y polvoriento. Lapsos de entre siembras, cuando el pago de la anterior cosecha no ha llegado todavía y el crédito de la siguiente está envuelto en incertidumbres de burocracia. Meses en que nadie tenía dinero ni ánimo para nada y en los que un silencio de calma ruinoso se paseaba por el pueblo.

Así era aquel verano prematuro en que llegó la noticia. Pero esta vez, por vez primera, la noticia era buena. La noticia era tan grande y tan buena que cambiaría la vida de todos y les haría sentir aquel viento cenizo como suave brisa de olores floridos.

Y vi, por primera vez, un brillo radiante en el rostro de mi padre. Una expresión que no le conocía porque no la había mostrado en un lapso tan largo como mi propia vida que ya entraba en la adolescencia. Por eso supe que se trataba de algo más allá de lo cotidiano.

Para cuando se citó la junta, ya el pueblo había sido barrido por la pólvora de la novedad y aquellos rostros ennegrecidos por soles y vientos fueron llegando lentos, incrédulos, como con temor a abrigar una falsa esperanza. Parecían no atreverse a soltar su alegría por miedo a una desilusión. Por eso venían cautos, anhelantes y desconfiados.

La tarde se puso quieta y el sol del crepúsculo la tornó dorada cuando aquel montón de sombreros empezó a dibujar siluetas contra un horizonte que más parecía un amanecer. Y se leyó el oficio, y se volvió a leer, y aun así muchos no podían creerlo. Entre aquel palabrerío; entre aquel enlistar de condiciones y compromisos; entre aquel papelerío se descubría, toda enredada en envolturas inútiles, la buena nueva: después de siete años de penurias incontables se les concedía, por fin, la tierra.

Esa parte de la noticia fue lo único que oyeron y les ocupó su mente por entero haciendo que se desentendieran de todas las condiciones y sacrificios que venían pegados a ella. A ellos les bastaba la alegría sin medida de saberse dueños de una pequeña porción de país y nada les importaría más que volcar sobre ella todo el trabajo que fuera necesario y posible. Todo lo enfrentarían por eso y todo lo superarían, con tal de agacharse, más tarde, sobre surcos propios.

Luego vinieron los ingenieros y empezaron los viajes al espeso monte de la faja oriental del valle. Se empezaron las brechas por entre el pitahayal y pronto transitaban entre troncos y rebalses de cactus, bajo un sol demente, hasta que quedaron marcadas las parcelas y cada uno pudo recibir el título correspondiente. Hubo cambios y reacomodos acordados para que los que tenían parentesco entre sí pudieran tener sus predios contiguos y hubo generosas concesiones para los que recibieron terrenos inclinados y difíciles. Se organizaron sociedades agrícolas de treinta socios que debían sembrar en forma colectiva y bajo responsabilidad ilimitada después de que cada uno desmontara su pedazo.

Y empezó de nuevo el proceso del desmonte. La tarea por hombre era de una hectárea cada tres meses y no se consideró que la mitad del año era verano. Salían entusiasmados hacia el monte con su ración de hachas, mulas, harina y carne seca, para no regresar en semanas. Los veíamos luego venir por sus víveres hechos unos bagazos ennegrecidos por un sol que quemaba más dentro del monte porque el viento no penetraba aquellos espesos zarzales desérticos. Las mulas se veían tan esqueléticas y resacas que muy pronto la tropa de rapaces empezamos a correr apuestas acerca de cuáles hombres y cuáles bestias sobrevivirían al desmonte. Estábamos todavía lejos de pensar que las vacaciones estaban llegando y que a todos nos tocaría pasar el verano pegados detrás de nuestros padres arrastrando masas de aquella interminable variedad de cactus que desprendían su abundante variedad de espinas hasta hacernos pedir clemencia con los ojos saltados por la insolación y los labios resacos y partidos por la sed. Pasaríamos luego aquellas noches de sobresalto tratando de dormir rodeados de cabestros, para evitar la entrada de las víboras a los campamentos. ¡Ay!, ¡sobre todo las víboras! Qué pesadilla aquella de tumbar un mezquite resaco para encontrarse con un nido de cascabeles chirriantes que atacaban los largos palos con que las removíamos. Era una sensación estremecedora aquella de sentir en el otro extremo del delgado garrote el choque de los colmillos venenosos, una y otra vez, hasta que cansadas salían en un reguero de peligro y entonces había que matarlas a todas sin dejar escapar ninguna hacia el campamento o hacia las bestias. El desierto se había propuesto defenderse y nos mantenía a raya con aquel ejército de reptiles de tantas especies. Todas venenosas, pero ninguna como las “cuernitos”, tan temidas por su rapidez y su mimetismo. Las había para todos los miedos, porque la mayoría eran capaces de matar de un mordisco a una mula o a una persona en cosa de horas.

Y luego las “sombras malas”. Atormentados por el sol caíamos exhaustos en la primera sombra que encontrábamos y, no pocas veces, fuimos víctimas de aquella traición del desierto. Resulta que en lo más pelado del monte, el diablo hace crecer el “jito”, un arbolito redondo y frondoso que da una deliciosa sombra cerrada que después de las ralas sombras de mezquite, resultaba un oasis. Su aspecto de sombrilla verde resultaba irresistible para nuestra fatiga así que nos dejábamos caer bajo aquel parasol vegetal sin notar, ni por asomo, que se trataba de una sombra que todos los animales rehuían. “Hasta los árboles pueden ser malignos en este rescoldo del infierno”, nos dijo un día el yaqui Buitimea mientras nos advertía contra aquel engaño. Tarde vinimos a darnos cuenta de que aquella era otra trampa del espíritu desértico ya cuando muchos habíamos sufrido aquellos violentos dolores de cabeza con vómitos que nadie sabía a qué atribuir. Luego había los que amanecían muertos sin señal alguna que no fuera una mancha violácea en alguna parte del cuerpo achacada a los monstruos de gila. Y aquellas mañanas prematuras en que al ir a recoger las mulas para colocarles sus aperos, encontrábamos alguna hebra un bulto inmobilizado por una muerte de agotamiento o por una marca amoratada que delataba siempre dos puntitos purpurados en lo más abultado de la hinchazón. Me pareció una eternidad aquel par de años que duró el desmonte y no sabía que sólo daría paso a otro proceso más cruel y caliente que se llamaría la relimpia.

Ya las brechas podían ser transitadas por máquinas y las polvaredas blancas y largas marcaban a lo lejos el paso de los destartados “camiones de sociedad” que se habían conseguido a crédito y a precio de oro en las agencias de Cajeme. Así sabíamos cuando venía en el horizonte reverberante el viejo Dodge colorado de mi padre, que nos traía agua y comida, anunciándose desde la distancia por los penetrantes rechinidos de sus frenos.

Y a las siguientes vacaciones la relimpia estaba ya en su apogeo y la llanura se alternaba entre azulosa y blanquecina, cubierta por las humaredas de las quemazones de monte talado. Había primero que juntar todo lo desmontado en grandes pilas alargadas, arrastrando las pesadas pitahayas con tiros de mulas. Luego había que cubrir aquellas masas de cactus con mezquites y matorral resaco para después regarles petróleo y por fin prenderles fuego. Y aquel trabajo tocaba siempre en verano, y era así

porque en aquel ardido llano casi siempre era verano, así que el calor de siempre se veía aumentado a un grado infernal por las quemazones. Luego vendrían los vientos que convertirían aquello en una colosal polvareda de tierra y de ceniza.

Los tractores oruga llegaron demasiado tarde a mi vida y ya cuando el semidesierto se había ganado todo mi odio. Maldije el día en que los vi arrasando el monte con sus cuchillas, recriminándoles no haber llegado unos años antes. Cuánto dolor físico, cuánta maldición desesperada y cuánto sudor emponzoñado le hubieran ahorrado a mi adolescencia.

Pero llegaron para completar el trabajo y para abrir los canales del nuevo distrito de riego que permitiría que al año siguiente todos hicieran su primera siembra. La llegada del agua vendría a rescatar a los sobrevivientes y a darles un sistema de canales por donde correrían los hilos de vida que transformarían aquel hervidero en extensión de verdor.

Y al año siguiente se les vio con los ojos húmedos y un nudo de emoción en la garganta; parados en medio de sus parcelas, contemplando mudos un oleaje dorado de trigo maduro que, mecido por el viento, parecía un mar en tierra continuado.

Evolución

Con las primeras cosechas llegaron los cambios al pueblo. La escuela se terminó y ya pudimos hacer el sexto año sobre pupitres de madera. Se repartieron lotes a los nuevos colonos y se empezaron a construir las primeras casas de adobe. Ya no se filtrarían las heladas de enero por entre la pitahaya entretrejida, ya no se colaría el viento polvoriento de la primavera y los adobes nos darían una fresca protección contra las oleadas hirvientes de los alientos de agosto. Teníamos nuestro propio lote y eso nos dio ánimos para plantar los primeros árboles y, por primera vez desde que salimos de la sierra, volví a ver las flores. Obeliscos rojos y geranios amarillos le dieron color a aquella vida cenizo-pálida que habíamos llevado ya durante siete años.

Pero faltaba una calamidad más: las inundaciones.

En el llano sediento no sabe llover, por eso, cuando llega a llover, llueve a patadas y se forman unas corrientes rápidas que duran unas cuantas horas pero que arrasan con todo. Los cauces secos olvidan su oficio durante la sequía así que cuando se convierten en arroyos efímeros se derraman por todas partes. Por eso era necesario encauzarlos entre largos bordos que desembocaban en los canales de riego. Y resultaba que cuando se desprendían esas corrientes, arrastraban bordos y desbordaban canales con una corriente lenta y pesada que entraba por el poniente del pueblo y lo iba llenando con un espeso líquido lodoso que lo impregnaba todo con su caldo café oscuro. Allí empezó el penar de las casas de adobe que se fueron desmoronando hasta derrumbarse con estrépito dejando a sus moradores a pleno sol y con sus “garritas de fuera”. Cuántas luchas detrás de una trinchera de sacos repletos de arena y bordeados de tierra mojada para evitar el paso de aquel torrente chocolatoso cargado de espinas y alimañas; cuántas noches en vela midiendo el nivel del agua y adivinando cuánto subiría... y cuántos roperos y tinas, armarios y demás pertenencias pasaban flotando por la calle, hacia la parte baja del pueblo, donde después se armaría el pleito para deslindar la propiedad de cada uno. Cuántas suegras vociferantes que viajaban sobre llantas flotadoras y que después nadie reclamaría en el rebalse bajo. Esto hizo que Colonia Irrigación cambiara sus casas por los cuadros de ladrillo que después le caracterizarían. Más tarde la prosperidad agrícola haría que aquellos cuadros fueran pintados de colores chillantes que para aquellos viejos moradores de chozas eran el compendio del buen gusto.

Así el pueblo se fue haciendo un cuadro grande, dividido en cuadros medianos y dentro de éstos, los cuadros chicos de las casas cuadradas. El algodón trajo una abundancia momentánea que transformó aquellos sembradores afables en agricultores preocupados y “pendientes de un riesgo que las compañías despepitadoras toman a costa de ellos y que siempre ellos resultan pagando”, nos repetía el maestro Tavera. “Por eso”, nos confirmaba contundente, “Cajeme está invadido de compañías americanas que, protegidas por las autoridades mexicanas, empezaron ya el círculo de una explotación a gran escala basada en los robos que hacen en el pesado, en el seleccionado y en el clasificado del algodón”. Pero los agricultores, acostumbrados a los tiempos difíciles, no se daban cuenta de que estaban siendo sometidos por más que el joven maestro michoacano se los pregonara en plena plaza

durante las fiestas nacionales. “Obregón ya no es sino el monstruo recolector del esfuerzo de todos los pueblos del valle”, agregaba Jacinto López, “el más típico repartidor de desigualdades. Por eso ya son los funcionarios e ingenieros del Plan Yaqui dueños de miles de hectáreas sin esfuerzo alguno, y las familias de allí ensanchan sus haciendas y amasan enormes fortunas concentrando un poder económico que les ha hecho desarrollar la mentalidad más ferozmente reaccionaria del país. Así se cierra el nuevo círculo de crédito avío-cosecha, que asegura toda la producción para los dueños del capital y todo el trabajo para los dueños de la tierra. Luego, las despepitadoras americanas se llevan toda la ganancia y dejan al pobrerío abanicando el hambre con sus tortillas secas”, terminaba enfático mientras paseaba su mirada de brasa por encima de un mar de sombreros.

El indio Vidal

Hasta eso había llegado la vida, cuando una tercera migración se descolgó de la sierra. Esta traía consigo una generación de primos desconocidos y de tíos legendarios, casi borrados por el tiempo. Llegó también una legión de nombres olvidados y aquellos amables hermanos de mi madre que siempre fueron suaves y tiernos y que no estaban hechos para luchas como éstas. Lo peor de la batalla por la supervivencia ya había pasado, pero a ellos les sería más difícil la adaptación porque llegaban a un valle que no podía ofrecer más tierras y que sólo les daba la posibilidad de ser jornaleros el resto de sus vidas, en una zona donde el círculo ya estaba cerrado. Este último escalón quedaba para ellos después de que la generación de mi padre se había colocado en medio a base de sudor y coraje. Pero era gente de paciencia y decidieron esperar los cambios y la apertura de los nuevos valles.

Mientras tanto, nos traían otro bagaje de remembranzas que volvieron a refrescar el amor por la sierra. Y hubo noticias y nuevos relatos que escuchábamos extasiados y nostálgicos. Tarachi seguía igual, sólo que expulsando a los que no podían ya sobrevivir de sus surcos y sus potreros. Pero el mineral de La Carrileña era ahora sólo polvo de escombros y hasta los huecos de las minas estaban siendo restañados por la naturaleza que se curaba las viejas heridas restableciendo de nuevo su reino y borrando toda huella de obra humana con una tenue atmósfera de olvido. Ya no sobreviviría sino su recuerdo.

También el indio Vidal había pasado a la otra realidad. Nos contaron que había pasado mucho tiempo bajando de su jacal a todos los bailes de Tarachi porque se había enamorado de una hermosa jovencita que tenía ojos zarcos y chapeadas mejillas de durazno de octubre. Él vivía al otro lado del acantilado que formaba el cañón de los baños y de los lavaderos y su morada era mitad jacal y mitad cueva. Sembraba un pedazo de tierra que colgaba casi vertical del cerro de los Güerigos y vivía confundido con los venados y con las aves. Tenía por suya una cascada cristalina que caía de una altura de pinos a un lecho de algarrobos y peñascos. El pequeño vallecito del pueblo le quedaba a sus pies y podía distinguir cuando había toros en el ruedo y cuando relampagueaban en el aire los cohetes de las fiestas. Entonces bajaba de su madriguera de águila y se pasaba días y días paseando su serenidad por el pueblo. Nadie podía evitar un sentimiento de placidez en su compañía, por eso su presencia agradaba a todos. Tenía un invisible emanar de armonía que lo envolvía todo y una suave ternura de criatura entonada con lo natural. Era un trozo de sierra hecho persona.

Fue en un 15 de mayo, cuando los tepehuajes emergen como manchas verde-claro en medio de la sequedad que dejaron el invierno y los soles de la primavera; cuando el pueblo da la bienvenida anticipada a las deseadas lluvias que se empiezan a manifestar en el viento; cuando los vaqueros recorren los últimos recodos de sus ranchos buscando toros y potros para la fiesta.

El bullicio excitado de los jóvenes hacía ya volar las enaguas de las inquietas doncellas taracheñas y las bandas de música de viento regaban por las calles su ambiente festivo. Un aire florido lo bajó de su

nido y lo vieron llegando todo de blanco y con sombrero de palma recién tejida y todavía olorosa. Traía una extraña melancolía en los ojos, mezclada con un gesto de decisión tomada a fuerza de noches enteras de meditación. Las últimas veces que había bajado ya se le había notado aquella serena tristeza que en él tenía un dejo de fatalidad y habían visto cómo su discreta mirada se llenaba de brillo cuando veía pasar a la Amanda. Pero nunca dijo nada y ella jamás intuyó aquel torrente silencioso.

Por eso ahora traía aquella expresión de decisión tomada y aquella mirada encendida y por eso ahora había dejado traslucir su llama interior y había permitido que le iluminara el rostro. Traía también sus esperanzas por fuera y sus temores por dentro.

Las fiestas se hicieron manera de vida para el tercer día y las vistosas monturas relumbraban ya por el transpirar de los caballos de estima; los jinetes de toros habían agotado ya los pretales y espoleado los ijares de las más fuertes fieras astadas y el tesguino empezaba a ser ya asiento fermentado en el fondo de ollas de barro. Un ambiente de alegría satisfecha y de olor a hierba de mayo cubría todavía el aire cuando empezó a caer la tarde del tercer día y cuando el indio Vidal se lanzó a su aventura después de haber acechado por noches y días. En la esquina que da hacia la plaza culminaba el último baile cuando él se atrevió a cruzar el gran patio oloroso a tierra regada y, con la vista de todos clavada en la espalda, invitó a bailar a la Amanda. La presión del momento la obligó a tornar la mano del indio y él sintió en su pulso una descarga que lo recorrió todo entero. Las parejas se lanzaron al baile y él, clavado en el suelo, no acertaba a turbar el momento con ningún movimiento, hasta que ella lo empujó suavemente y él sintió deslizarse en el éter. Y le dijo, por fin, que su vida sin ella, no tenía rumbo ni caso; que ...

Se escondía ya el sol tras las altas cejas de occidente cuando lo vieron taciturno emprender la subida. Llevaba clavado ya en los ojos un brillo de muerte y en su paso el ritmo de otro universo. Subió hasta la cima del acantilado para que su figura se hiciera silueta contra el crepúsculo y su sombra dorada se alargara hacia el pueblo. Allí estuvo sereno e inmóvil, hasta que su silencio juntó todos los silencios del cerro y su rostro reflejó todos sus pesares. Le resonaba muy en el fondo la risa de burla de Amanda cuando le confesara que la amaba más que a su libertad; le inundaban de hiel su interior aquellas palabras de descuidado sarcasmo cuando le contó que sus ojos ya estaban llenos de la imagen de un hombre al que él ni en sueños podía compararse; le goteaba la amargura del despecho por las entrañas, hasta apagarle la voluntad de vivir. Y de pronto, levantó los brazos en la cima del risco y lanzó un prolongado alarido que se encausó en el cañón y se esparció abajo, en el pueblo, como un escalofrío. Todos se miraron entre sí sorprendidos por la increíble potencia del grito, sólo para escuchar otro grito bajando como torrente de frío. Cuando todo el pueblo distinguió su blanca silueta, ya venía bajando el último grito y un disparo suspendió el momento con sonido de eternidad. El segundo disparo pareció acompañarlo en su viaje hacia el vacío del acantilado hasta acallarse suavemente en el fondo del río.

Todo quedó suspendido, todo envuelto en el estupor de la sorpresa. Y dicen que fue inútil que todo el pueblo pasara días buscándolo en el cañón porque jamás, nadie, nunca, encontró el menor indicio de aquel indio etéreo que huyó hacia la otra orilla sin dejar rastro visible.

Una mancha seca en medio de un extenso verdor

Pero estábamos allí, abajo, en el desamparo de la llanura, y las huidas imaginarias hacia la sierra eran sólo escapes momentáneos que hacían más dura la realidad y más enconada la lucha. Como habíamos perdido tanto, teníamos que ganar cosas materiales en aquel valle tratando de compensar los sacrificios a que nos había sometido. Por eso los colonos se propusieron transformar el pueblo. No sólo Cajeme recibiría entonces un nuevo nombre, los pobladores de la primera migración que fundó Colonia Irrigación se habían vuelto masones y empezaron por cambiarle el nombre a Villa de Juárez. Ese cambio dejó desconcertados a unos y descontentos a otros, pero se impuso con el argumento de que con el nuevo nombre era más probable alcanzar el rango de municipio porque “¿quién iba a tomar en serio la candidatura de una colonia?”, argüía Carlos Cacho.

Y los cuadros de ladrillo empezaron a tomar colores más suaves y Ubaldo, un arquitecto autodidacta introdujo cambios de bienestar en las construcciones y verjas en las entradas para que en ellas empezaran a crecer las primeras plantas de ornato. Hasta entonces la noción de jardín era desconocida en aquel pueblo a pesar de estar rodeado por los oleajes verdes de los sembradíos extensos y planos; ni una sombra de árbol en un poblado cuyas parcelas estaban limitadas por frondosos sauces; riego en las siembras y polvo en las calles; verdor en los campos y sequedad en las casas. Así Ubaldo seguiría en su afán de embellecer lo útil. Pero a pesar de sus esfuerzos creativos, Villa de Juárez seguiría siendo una mancha café y seca en medio de una hermosa extensión de verdor por donde se paseaban espejismos furtivos y se mecían trigales maduros en ondas sucesivas que se impulsan una a otra con el viento.

Ya todos los parceleros tenían su camión y su tractor colectivos y la nueva inquietud de cambio hizo descubrir las ventajas de la cooperación y el voluntariado. Esto hizo nacer nuevos servicios, como la Cruz Roja y los bomberos y los entierros gratuitos.

Aquel pueblo de ladrillo y cemento anduvo siempre escaso de incendios. Por eso la pipa colorada no tenía nada que hacer y los flamantes bomberos voluntarios tenían que entretenerse jugando baraja y dados hasta que el aburrimiento los devolvió a otros intereses más activos y las guardias pronto terminaron desiertas con el vago encargo de que se les fuera a buscar si algo sucedía.

Y entonces, un oportuno incendio ocurrió de improviso. Un jacal de petate y costales de ixtle empezó a arder y a echar tal cantidad de humo que alarmó a todo el barrio de la orilla del canal. La noticia llegó a todos antes de que los bomberos se enteraran, ya que tuvieron que rastrearlos por todo el pueblo. Por fin llegaron uno a uno, hasta que pudieron llenar la pipa y finalmente emprender la carrera que terminó a los pocos metros, porque el motor se apagó. Entonces decidieron empujarla hasta el lugar del incendio, sólo para encontrarse con que el jacal ya había sido consumido por el fuego y el dueño ya estaba acomodando palos para parar otro en un solo día. La humillación hizo

que se compusiera el motor y que se montara una guardia más permanente. Lo que siguió faltando fueron los incendios.

El otro servicio que les pareció un adelanto fue el de la Cruz Roja. Para ello se acondicionó un destartado panel que ya había visto pasar sus mejores tiempos.

Pero también había escasez de accidentes, hasta que un día, en el otro confin del pueblo, un descuidado le soltó un hachazo a un leño que, partido en dos, rebotó y le pegó en la frente haciéndolo soltar el hacha que le cayó en un pie produciéndole una cortadura de poca consideración. Mandaron a un chiquillo que tuvo dificultades para convencer a los oficiales de la Cruz Roja de que no se trataba de una broma. Entonces armaron el movimiento con rapidez llegando de inmediato adonde estaba el accidentado. Luego les costó mucho trabajo convencerlo de que debía acostarse en la camilla y, cuando por fin accedió, emprendieron velozmente el regreso sólo para ir a caer en un lodazal donde la ambulancia dejó, patinando, sus últimas fuerzas. Sacaron entonces al herido, pero en un resbalón éste fue a parar al atascadero de donde se levantó furioso y enlodado. Allí los dejó entre lodo y protestas y emprendió la caminata hasta el dispensario.

—Cuando llegamos de vuelta a la Cruz —platicó un voluntario—, él ya estaba muerto, pero de risa.

Lo de los entierros gratuitos fue idea de la catáfila de mujeres enrebozadas que revoloteaban como auras alrededor del padre Filotas en aquel bodegón alargado habilitado de iglesia.

Resulta que un día les llegó el aviso de que en una de las chozas más apartadas de la esquina oriente del pueblo, había muerto una mujer al dar a luz a su décimo hijo. Como cada uno tenía padre distinto, ninguno de éstos había asumido sus responsabilidades y ella había malvivido de la caridad pública y de los múltiples robos pequeños que lograban hacer los de mayor edad.

Cuando ella abandonó la vida aquella noche de parto, los hijos se desparramaron por el pueblo solicitando ayuda para el sepelio.

—De puro cansada se nos murió mi mamá —dijo el chiquillo que tocó a la puerta de la iglesia cuando apenas amanecía. Como las mujeres aquellas habían llegado desde la madrugada como era costumbre, ya tenían todo listo para la primera misa y, santiguándose a cada cuadra, acudieron a la choza en procesión. Salieron de allí entre llantos y responsos y reanduvieron el camino para llegar cuando apenas empezaba la misa. Secretearon primero entre sí, luego con el padre y, por filas, fueron secreteando por todo el recinto. El resultado fue que un grupito de tres hombres, dirigidos por un carpintero, se ofrecieron a fabricar el cajón; cuatro fortachones a cavar el hoyo; dos a cargar el ataúd en una carreta hasta el cementerio y varias mujeres a lavar el cuerpo y vestirlo.

Al terminar el día ya todo había sido cumplido y se decidió que, por turnos de a tres, velarían el cuerpo durante la noche.

La procesión salió a temprana hora el día siguiente y se enfiló por encima del bordo del dren oriental siguiendo a la carreta. Todo iba en orden, en calmo silencio y en avance lento cuando al doblar a la derecha hacia el bordo transversal el tractorista de una parcela vecina encendió el motor de su viejo John Deere en medio de varias explosiones de su escape. Entonces que las mulas levantan las orejas, que relinchan airadas y que se paran en dos patas emprendiendo la carrera por la orilla del bordo seguidas por los gritos de sus dueños. Y que al llegar a la confluencia de los drenes viran violentamente volteando la carreta de la que sale rodando el cajón. Todos corriendo vienen a pararse a la orilla sólo para ver cómo el ataúd rueda hacia el agua hasta terminar en un chasquido. La caja sale luego a la superficie y lentamente empieza a ser llevada por la mansa corriente. Y una multitud de acompañantes azorados coronan las dos orillas tratando de alcanzarla con palos largos y empujarla a la orilla. Luchan, intentan de nuevo, se gritan, pero no logran asirla y cuando ya van a lanzarse al agua, la caja se detiene de punta en la compuerta de madera que habían olvidado.

Se platicó luego que habían sacado aquello con grandes dificultades y que dos veces se les abrió la caja y se les salió la muerta. Luego volvieron a organizar la procesión y caminaron, ya en santa calma a darle sepultura.

De regreso, las enrebozadas vinieron todo el camino discutiendo la manera de organizar un grupo permanente que se encargara de atender aquel tipo de casos y de cuidar de que “los inútiles de los hombres” (según opinión de casi todas) causaran otra vez un percance como aquél.

Siguiendo aquellos cambios, pronto llegó el escarbadero que transformó al pueblo en un campo de zanjas entrecruzadas que más parecían trincheras de guerra. Años de espera indignada tendrían que pasar todavía, antes de que en aquel caos lodoso se acomodara la red de tubos que repartiría el “agua potable”, según dijo el Lolo Puñales cuando por fin entendió de lo que se trataba. –Potable, pendejo –le corrigió el comisario por lo bajo.

Y un buen día, el pueblo anocheció con postes y focos en las esquinas. Esto acabó con el último encanto que nos quedaba: el de las noches consteladas. En aquella llanura predominaba el cielo, la bóveda celeste cubría la mayor parte de la noche y sólo era limitada por un horizonte con el que a veces se confundía. Eso, durante la oscuridad, era un paseo entre galaxias y una expansión del asombro a la que todos estábamos acostumbrados. Por eso aquella gente no aceptaba limitaciones para sus espacios. No sé si fue ésta la razón pero, poco a poco, los focos fueron cayendo como estrellas fugaces de agosto, al impacto de las pedradas. Así quedó otra vez oscuro el exterior, pero iluminado el interior de las casas y de las gentes.

Y entonces el cielo volvió a ser dueño absoluto de la noche.

El desentierro de la Sierra Oscura

El viejo capitán primero de alguno de los ejércitos de la revolución (nunca supo cuál) nos traía siguiéndolo con la esperanza de arrancarle alguna de sus fantasiosas historias de batallas, entierros y aparecidos. Sus relatos, joyas de primera mano, no eran sino la directa evocación de algún trozo, real o imaginado, de su vida. Por eso nos embobaba con su plática y pasábamos horas enteras bajo los mezquites ralos oyéndolo mezclar aventuras reales con expediciones imaginarias. Desde hacía tiempo que su imaginación había capturado la atención de los jóvenes del pueblo. Los mayores no le hacían mucho caso porque la hostilidad de aquella vida les había endurecido la sensibilidad, pero los capullos abiertos de las mentes adolescentes absorbían fascinadas aquellas incursiones por los campos de la inventiva y de la memoria. En aquel pueblo todavía sin historia y sin recuerdos, los escapes hacia la fantasía parecían ser privilegio exclusivo de los menores, por eso, yo los escuchaba abstraído entre un respeto cariñoso de pariente y una receptividad de alas extendidas sobre el mundo de la curiosidad. Cuando venía por mi casa, yo era el primero que acudía a brindarle asiento en la enramada, con la secreta esperanza de que reviviera en su palabra, alguna de sus historias. Y tuve siempre suerte.

Una noche, cuando la luna hacía su descanso mensual abandonando la noche a una quietud apretada de tinieblas, vi la luciérnaga de su cigarrillo en la oscuridad y al percibirlo quieto y sumido en su mundo, lo acosé a súplicas. Él respondió fundiéndose con la serenidad nocturna, y me dijo: “Bueno, te voy a contar un sueño muy secreto, aunque ya no estoy seguro que sea sueño porque se me ha repetido tantas veces que ya no sé si es cosa d’este mundo. Pero sólo porque ahorita estaba pensando precisamente en eso y después de que me jures que no lo vas a contar a nadie porque entonces la maldición se pasa para ti. Es una cosa entre hombres ¿sabes? Ésa es la condición”. El chaparral oscuro pareció entonces convertirse en una tiniebla atenta y dos ventanas asombradas se abrieron de par en par hacia mis adentros al oírlo decir cosas tan graves. Hasta el canto taciturno de los tecolotes pareció callar y todo se envolvió en una espera anhelante...

“En las faldas negruzcas de la Sierra Oscura debe estar esa cueva misteriosa porque allí es donde siempre lo sueño. Síiii, no creas, es una cosa jodida, porque camino por días en el mezquital del llano hasta que empiezan los cerros de pa’l lado de Batacosa; por ahí donde los árboles empiezan a hacerse grandes. Luego comienzo a subir pendientes pedregosas hasta que los cerros se hacen montañas. Pero todavía no llego a la sierra grande, cuando en uno de los cerros peñascos que dan hacia la llanura, se empiezan a divisar unos huecos y unos derrumbes. ¡Terreno de entierros que ni mandado hacer! Luego de repente se empieza a oscurecer y yo subo y subo y paso varias cañadas hasta llegar a una cueva que tiene un no sé qué de atracción que no puedo resistir. Como que lo llama a uno. Allí me paro, veo pa’dentro y ¿vas a creer que distingo todo en lo oscuro? y me meto y voy tropezándome entre las piedras hasta que muy adentro distingo que la cueva se hace más grande, como si la hubieran ampliado a fuerza de bombillos ¿sabes?, ¡lugar de entierros que ni mandado hacer! Cuando llego al fondo la cueva se curva pa’ la derecha y mucho más adentro se nota un

resplandor como si fuera la otra salida p'al otro lado del cerro. Cuando estoy que no sé pa' cual lado agarrar, es cuando distingo la silueta. Se mueve primero muy despacito, luego como que se anima a venir hacia mí, medio desconfiada. Al rato le noto la forma de un hombre, y ya ni miedo le tengo porque lo he soñado tantas veces, y se me acerca hasta que le veo la cara. Tiene unos ojos grandotes muy negros y es pálido y calvo, bien calvo como tu tío Tomás. Luego se me queda viendo (¡ah!, y es muy alto, más que tu tío Juan José); me ve bien de fijo y me entra miedo. La primera vez que lo soñé desperté echando gritos de espanto y nunca supe lo que seguía.

”Pero lo volví a soñar. Y todo se repitió otra vez, pero entonces sí habló aunque sin mover los labios. Y me volví a asustar de nuevo y desperté otra vez sin averiguar nada.

”Pero lo volví a soñar, ¿sabes?, lo he estado soñando por años, y esta vez le entendí y me dijo que lo siguiera para decirme dónde estaba el entierro, y cuando levantó el dedo para señalar el lugar, ¡desperté de nuevo! ¿Qué cabronada, verdad?

”Desde entonces todo eso se repite y siempre despierto cuando me va a decir dónde está el entierro. Es una desesperación jodida pero no pasó de ahí. Por eso creo que en sueños ya no me lo va a decir y que me está avisando para que me haga presente en ese lugar antes que otro vaya a llegar primero. Llevo años pensándolo y no me he atrevido porque no quiero que mis hijos vayan a pensar que me estoy volviendo loco”.

Me dejó, como siempre, intrigado con su relato y frustrado por la falta de desenlace. No volvió a referirse a esa historia y yo guardé su secreto sintiéndome depositario de algo que no le había confiado a nadie y que me concedía una oculta complicidad con él. Varias veces puso a prueba mi discreción. Cuando nos contaba otras historias y hacía alguna referencia a cuevas, me miraba de reojo y con un golpe bajo de confianza me decía: “como la del sueño”. Yo asentía discretamente sintiéndome orgulloso de guardar algo a lo que los demás muchachos no tenían acceso. Sólo uno tuvo, una vez, la curiosidad de preguntarme qué era aquello del sueño y yo le respondí que era cosa de hombres y que no podía decirle nada a nadie. Esto picó la curiosidad de los demás que llegaron hasta la desesperación de la amenaza para sacarme algo. A fuerza de no conseguirlo concluyeron en que se trataría de una mentira y allí quedó la cosa. Yo concluí que él me lo habría contado por liberarse del peso de traer aquello adentro él solo, “o a lo mejor ni es cierto”, pensé.

Ya éramos estudiantes-en-la-capital-del-estado, cuando regresando al pueblo de vacaciones oí decir que el tío se iba solo hacia los ranchos del rumbo de Batacosa a recoger un ganado. Como él era ya viejo y ése era un trabajo duro que se hacía entre varios hombres, entendí luego la verdadera razón del viaje. “Es que a mi papá le ha dado últimamente por andar solo por entre el monte y no lo queremos contrariar, vale más dejarlo que haga lo que él quiera”, dijo mi primo a manera de explicación. Era evidente que ni ellos sospechaban el motivo del viaje y que nadie se imaginaba siquiera que andaba rastreando un sueño.

Lo vigilé por días y una madrugada, desde unos matorrales vecinos a su corral, pude ver cómo al partir enrollaba entre las cobijas un pico y una pala y los colocaba sobre el aparejo de la mula de tal manera que nadie los notara. Luego puso el rifle en la misma posición y aquello quedó camuflado. Estaba ya aclarando cuando lo vi marcharse. Ya entrando en el monte le salí al paso, él no se sorprendió y me dijo que sabía que lo andaba espionando y que eso no estaba bien, que no era cosa de hombres. “Y tú ya estás grandecito p'andar con ésas.” Pero mi ansiedad y los ruegos de disculpa lo ablandaron y accedió a contarme su propósito. Pero ni hablar de que me dejara ir con él. Todos se extrañarían y además era una empresa que debía acometer solo porque tendría que guiarse por un sueño que sólo él podía soñar. “Si es que me vuelve”, dijo, “por eso dejó el secreto en manos de un hombre”, me repitió, sabiendo que esa apelación no fallaría. Su figura se envolvió en polvo cuando le vi de espaldas perderse

en el estrecho camino del pitahayal. Y me pareció natural que más que un entierro, fuera buscando librarse de una obsesión onírica.

Por varios días anduvo vagando entre los pedregales de la sierra oscura escudriñando las faldas y buscando cuevas. Durante el día exploraba las cañadas y escogía una cueva. Luego pasaba la tarde juntando valor para meterse en la noche y lanzarse a rodar cuesta abajo por la otra realidad en busca de un sueño que ya traía confundido con la vigilia. Pasó calores oprimentes y estáticos durante aquellos días incendiados de julio cuando el sol llenaba aquel mundo de candencias alucinantes, y estuvo, por noches enteras, atento al silencio del chaparral intrincado buscando alguna manifestación orientadora. Estaba decidido a no regresar hasta librarse de aquello pues no quería pasarse el resto de su vida repitiendo aquel sueño y acusándose a sí mismo de cobarde por no ir a su encuentro.

Pero el sueño no se repetía y la paciencia y los días se iban agotando. Pronto andarían sus hijos con los vaqueros de los ranchos vecinos rastreando el monte en su busca y él no quería que lo encontraran con sólo una pesadilla para contarles. Era impensable que lo hallaran antes de que él encontrara el sueño. Así pasó noches enteras sin conciliar la calma y días interminables que se debatían en una espera impaciente que no era de este tiempo.

Por allá por el noveno día, cuando empezaba a cazar liebres para no agotar los últimos víveres, sintió el impulso inequívoco de seguir un coyote que lo había molestado durante la noche con unos aullidos que parecían venidos desde el otro lado del tiempo. Se levantó temprano, se orientó y comenzó a seguirle la huella. Tenía que empalmarse a su rastro antes de que el animal lo venteara para tomarle ventaja y perseguirlo a caballo hasta cansarlo. Tendría así una excusa de cazador si lo encontraban y atendería aquellos intermitentes avisos nocturnos a los que todos los vaqueros conceden un significado.

Hacia medio día lo divisó sobre el faldeo del lado del sol. Supo entonces que no le perdería el rastro y que para el atardecer lo alcanzaría. Trepaba por la pendiente pedregosa cuando sintió caminar sobre terreno conocido. El corazón le dio un vuelco y los sentidos se le desplegaron al unísono cuando al recorrer con la vista los detalles del cerro lo reconoció. ¡Era la cuesta de sus sueños! ¡No había duda! Allí estaban los mezquites boscosos y los pochotes en flor; allí las piedras rodadas y las siluetas rocosas recortándose contra el cielo. ¡Era la cuesta de su cueva! ¡La del pedregal negruzco!; la de... un aullido lastimero vino a hacerlo estremecer y se acordó entonces del coyote. ¡Luego era cierto! ¡No era sólo un sueño! Y el coyote lo sabía “porque esos animales saben todos los secretos del monte porque están en este mundo desde antes que el hombre, saben lo oculto del día y de la noche, seguro qu’este trái también un sueño a rastras como yo”, pensó, mientras se aprestaba a seguirlo a toda prisa y a pie. Casi desfallecía cuando oyó el segundo aullido resonar con tonos de eco. Se dio cuenta entonces de que éste se había metido a una cueva y que allí podría acorralarlo fácilmente. Jadeante llegó de improviso a un terraplén de rocas y estuvo al borde del desmayo cuando directo, enfrente, distinguió, inequívoca, ¡la cueva! No había duda, expedía el mismo emanar de extrañezas; miraba hacia el poniente y estaba precedida de un silencio sin pájaros. Tardó en reponerse, pero al lograrlo, adquirió una súbita oleada de valor que lo obligó a ir hasta el fin sin medir las consecuencias. Un extraño temblor se apoderó de sus piernas cuando una lucha de vientos hecha remolino le azotó la cara. “Un espíritu del llano”, se dijo, “otro aviso que me empuja a entrar, así quede en el intento”. Castañeteando los dientes se acercó a la boca de la cueva y sintió que una fuerza casi palpable dominaba el ambiente. Una presencia inequívoca lo había detectado y lo obligaba a continuar hasta internarse unos metros en la sombra. Allí encontró una paz repentina y una confianza inexplicable que le animó a sentarse a respirar su fatiga. “De seguro que aquí es donde tendré que soñarlo”, se repitió, y se alegró de haberse liberado del temor descontrolado que se cernía afuera de la boca de la cueva. Vio entonces cómo desde allí se dominaba un horizonte que ya había dado un mordisco de sombra a la esfera anaranjada de un sol que se hundía en un reguero de cobres.

La noche lo encontró lleno de aprehensiones y sin el más mínimo asomo de sueño. “Tengo que dormirme”, se repetía, pero los arroyos de emoción que le corrían por los cauces de los nervios lo mantenían en una vigilia empecinada. Dio vueltas por horas hasta que se le ocurrió salir a cansarse caminando. Apenas puso un pie fuera de la cueva, se le desató de nuevo el miedo y hubo otra vez un encuentro de vientos en la intemperie. Aterrado regresó a su lugar y volvió a recobrar aquella extraña calma. Un tiempo brumoso lo llevó entonces hasta la madrugada cuando decidió aventurarse hacia adentro y enfrentarse con aquella presencia en este lado de la realidad. Cautamente se fue adentrando, reconociendo cada tropiezo, hasta que, a cierta distancia, vagamente, percibió la silueta contra la pared del fondo. Esperó, con la cordura pendiente de un hilo, hasta que vio que se acercaba. Quiso hablar pero su voz se empantanó en su garganta. Fue entonces cuando, lentamente, allí enfrente, se fue materializando el hombre: los ojos grandes y negros, la cabeza calva y la estatura enorme. Habló con voz de sueño y lo invitó a seguirlo. Al llegar a la ampliación de la cueva, empezó lentamente a levantar el brazo (él temió despertar entonces, pero esta vez no le ocurrió) y su dedo apuntó derecho a la pared poniente, ligeramente iluminada por una luz lejana. Él no supo qué pensar cuando distinguió el hoyo recién excavado en el fondo. Pensó en la pala, en sus manos, en el boquete ya hecho y sólo pudo escuchar aquella voz sin boca que le hacía entender: “Me dejé soñar por otro que vino luego; tuve que decirle dónde, y lo sacó. Sonaban las monedas reales cuando las llevaba, pero la prisa y el miedo le hicieron desparramar algunas, no muchas, pero por esa razón no he podido partir. Te llamé por años y no acudiste mientras seguía prisionero en esta custodia. Por eso busqué el sueño de otro y me costó mucho tiempo encontrarlo. Él vino y se fue, pero dejó esas monedas, ¡llévatelas, para poderme desatar!, ¡llévatelas y nunca lo busques y no me volverás a soñar jamás... !”

Primero encontraron la mochila de cobijas, luego la pala y un cuero de liebre, y ya cerca la búsqueda se les hizo angustia cuando encontraron el caballo ensillado.

–¡Caballo con montura y sin vaquero, desgracia segura! –dijo uno–, ¡hay que huellarlo! Así empezaron la cuesta arriba hasta que, sorprendidos por los vientos encontrados, llegaron a la boca de la cueva.

–Son los vientos del malo –dijo otro–, hay que entrar reculando pa’ que no te agarren de espalda.

Y, al acostumbrar los ojos a la penumbra: distinguieron al viejo profundamente dormido.

Cuando lo despertaron se quedó sorprendido, pero al mirarse nueve extrañas monedas en la mano les dijo:

–Ahora sí, voy a contarles un sueño...

Tercera parte

Caminos que llevan lejos

P

ero ya una nueva oleada de vástagos broncos que habían nacido allí precisaban de espacio en la escuela y nosotros, hombres prematuros de trece años, debíamos desalojarla y entrar de lleno al trabajo del campo. Pero hubo unos cuantos que quisimos otro destino y, con el consiguiente sacrificio paterno, conseguimos ser inscritos en la secundaria del cercano Cajeme.

Y allí empezó una nueva aventura que sólo aguantaríamos los más empecinados.

Porque la salida de nuestros hogares era un desprendimiento con el que no contábamos; por eso, sentimos caer en una orfandad forzosa que nos volvía nostálgicos tempranos. A eso tuvimos que agregar una encarnizada postura defensiva ante los ataques y las burlas permanentes a que fuimos sometidos desde que llegamos. Porque resultaba que además de pagar la culpa de ser pueblerinos, había que agregar la de ser colonos montaraces. Hubo semanas en que ninguno de nosotros pudo andar solo después de haber moqueteado a un urbano relamido o de haber alcanzado con nuestras certeras pedradas a algún burlón que huía en bicicleta. Y en eso de la puntería, teníamos la más difundida fama y la mejor defensa.

Y luego estaba la tortura de tener que usar zapatos. Nuestros pies acostumbrados a una libertad descalza y soleada, habían desarrollado callosidades en las plantas por las que no entraban ni las espinas, así que someterlos a la apretura del calzado era como someterlos a un chaleco de fuerza. Por eso cuando, los lunes, llegábamos de vuelta al pavimento, parecíamos espinados o aprendices de zanqueros. Muchas veces nos revelamos contra aquel suplicio presentándonos descalzos sólo para recibir la rechifla generalizada y la reprimenda del maestro en turno que una vez nos dijo que todo lo toleraría menos que trajéramos boñiga entre los dedos.

Pero llegaban los viernes en la tarde cuando, como bandada de aves liberadas, salíamos de la última clase para apostarnos, con los cuadernos en una mano y los zapatos en la otra, en las orillas de la carretera con el dedo levantado.

Fue entonces cuando aprendimos a querer a nuestro revolcado pueblo y a extrañar la libertad de sus espacios abiertos. Las gentes y los lugares empezaron a tener desde entonces un significado diferente y una pesadumbre de plomo empezó a caernos encima los domingos en la tarde porque ya no eran sino el prelude de aquellos lunes aborrecidos en que a las cinco de la mañana había que estar a la salida del pueblo esperando el paso de los camiones trigueros para luego pasar, sobre las pilas de costales, aquellas enfriadas mortales y llegar moqueando a la clase de siete.

Pero ya éramos el orgullo del pueblo y la gente había adoptado el acuerdo tácito de no dejar nunca en la carretera aquella media docena de adolescentes flacos a quienes consideraban ya la primera generación con esperanza.

Las ansiadas vacaciones vendrían a darnos respiros intermitentes que varios aprovecharon para desertar, a los demás sólo nos darían un hogar entre lapsos que sería el embrión del desapego posterior

y un amor adolescente más lleno de despedidas que de presencias. Fue entonces cuando me dio por andar hablando en verso y por caminar sin pisar el suelo con toda la atención puesta en la imagen de la que me esperaba paciente en el pueblo. Ella fue la destinataria de mi poema niño y su recuerdo triunfaría para siempre sobre el olvido.

Mientras tanto, los colonos seguían su desigual batalla contra las condiciones a que los habían sometido las compañías algodoneras extranjeras que los tenían siempre endeudados, con sus cosechas compradas de antemano y con la espada del embargo de sus tierras pendiendo sobre sus cabezas. Fue así como muchos perdieron primero su tractor, luego sus implementos agrícolas y finalmente su parcela. Muchas familias desaparecieron así del pueblo, arrastradas por un viento de ruina y olvido. Sus hijos serían los primeros amigos que yo perdería para siempre.

Los que pudimos sobrellevar aquello obtuvimos como premio una ausencia más larga y lejana en la capital del estado donde se empezarían a definir caminos divergentes e irrevocables que nos llevarían lejos.

Rumbos definitivos

La preparatoria nos recibió con el cándido orgullo de ser la instrucción de más alto rango en una universidad adolescente. Allí convergían jovencitos procedentes de todas las ciudades del estado que antes habían sido receptoras de los que les llegaran desde los pueblos del desierto, de la llanura costera y de la sierra. Esa variedad de orígenes nos dio la primera visión conjunta de una gigantesca entidad circundada por anchurosas abundancias de infinitos. Estaban los que habían llegado desde las inmensidades arenosas y fronterizas del noroeste con su ceño arrugado por los excesos de luz; con sus miradas lejanas y como acostumbradas a las distancias lisas y secas donde “las lluvias sólo viajan de paso”. Salían por primera vez de aquellas resequeidades omitidas por el agua, por eso tenían que enseñarnos de primera mano el significado de la palabra sequía. Y supimos que era una palabra nortea; que era el signo de la extensión polvorienta del Altar; que era la sed desparramada sobre millones de hectáreas cuadradas y amarillas. Nos hablaron también de las aguas falsas que se diluyen en espejismos y de los reverberos temblones que sólo se disuelven en la humedad pupilar de los hombres de aquellas latitudes extraviadas en la arena.

Los de los pueblos desperdigados por la llanura costera contribuían con sus pocas descripciones sobre comunidades nuevas, caminos polvorientos y rizados de “permanente”, canales azolvados, surcos interminables, parcelas niveladas, trigales amarillos, algodonaes moteados y... y calores (siempre los calores) que lo envolvían todo en sopor y resolana. Dueños de una ruralidad maquinada, hablaban con naturalidad de las trilladoras, los tractores, las dragas y los implementos agrícolas que comprendían al genérico de “la fierrada”. De sus pueblos nunca hablaban porque no eran sino llanos polvorientos salpicados de casas distanciadas unas de otras y alineadas en calles anchurosas y rectas que se volvían lodazales aguados a la menor llovizna. Caseríos chatos y cuadrados que terminaban en una raya marcada por un sembradío, un dren o el bordo de un canal. Y como todos eran similares, nos bastó con que describieran el primero. Ellos, apenados desviaban la conversación hacia las siembras irrigadas y verdes que los rodeaban.

Y los de la sierra, los siempre tímidos, los nativos de los montes; las criaturas oriundas de la montaña que habíamos tomado la leche al pie de la vaca; que habíamos entreoído el aullido de los lobos hacia el filo de las madrugadas y la grito de los coyotes al caer los atardeceres, nos solazábamos describiendo nuestros lugares. Ya seguros de ser originarios de la parte bella del estado, nos seguíamos con que habíamos sido arrullados mansamente por lejanos cencerros nocturnarios y rítmicos ruidos vegetales; con que habíamos sido cobijados con mantos remendados de galaxias y despertados al pintar el alba por gallos lucereros.

Y el culpable de aquellas descripciones arrobadas resultaba ser el maestro Menecitos que desde su clase de literatura atizaba nuestras distintas vocaciones encargándonos lecturas escogidas que actuaban como detonantes entre los que él había descubierto una incipiente afición por la letra.

Fue así como fui a parar, por primera vez, a una biblioteca.

Y, ¡Santo Dios...! Yo que venía de un pueblo donde no había libros... ¡No podía creer lo que veía! allí estaban enfilados, apilados, esperando ser abiertos; seduciendo con sus títulos y portadas en una abundancia que me pareció inconcebible. Pasé la mano sobre sus lomos como acariciándolos, como tratando de adivinar su contenido a través del tacto, como intentando penetrar en el conocimiento que cobijaban bajo sus pastas-alas. ¡Qué incalculable tesoro acumulado tras el orden! ¡Qué depósito inacabable de joyas mentales! ¡Qué...

Me pareció entonces haber penetrado en un templo; haber traspasado una cortina temporal que me separaba de lo que se movía afuera, en la cotidianidad de la vida.

Salí de allí con la convicción de haber descubierto una acumulación de tesoros escondidos que, gracias al libro, cabían bajo un solo techo y que contenían un universo entero de misterio que (gracias otra vez al libro) me habían sido heredados desde el principio de la escritura.

Aquel maravillamiento imantó desde entonces mi atención hacia el mundo libresco y, sin sentirlo, fui internándome para siempre en la inefable fascinación-hábito-afición-placer-vicio... de la lectura.

Fue por entonces que me nació el poema adolescente que recitaba impunemente por los pasillos de la prepa:

“Hijo de la tierra, el viento...” (le declamaba al que se dejara mientras lo arrinconaba donde no pudiera escapar).

... me recogió hecho polvo
y me hizo
un pedazo de sierra que camina.
Y desde entonces,
estos que son mis montes
estos mis ríos;
estas que son mis gentes
estas mis distancias sin medida,
ya no fueron estáticos
porque los llevaré adentro
por todas las latitudes
del planeta.

Pero algún preseñalado día
el terminal llanado
del imán primigenio
hará que aquel mismo viento
deposite aquel mismo polvo
sobre el pedazo de sierra
que entonces se detenga.

Y lo que me saqué fue que todos me sacaran la vuelta y que allí empezara a desarrollarse mi vocación de solitario.

Ese era mi mundo; hasta allí me había llevado la vida; hasta entonces se extendía mi tiempo, cuando me llegó la hora de emprender el rumbo definitivo: me había alcanzado el momento de partir de nuevo; de emprender el viaje irrevocable hacia la Universidad Nacional en la remota monstruosidad de la centroc capital del país.

Diciembre de 2016
(edición impresa)

Diciembre de 2017
(edición electrónica)

Formación tipográfica:
Miguel Ángel Campuzano Meza

Diseño de portada:
Miguel Ángel Campuzano Meza

Corrección de estilo:
Fernanda Aguilar Almada

Departamento de Difusión Cultural de
El Colegio de Sonora

